

LA FLOR DE LA CARIDAD.

NOVELA

por D. Timoteo Alfaro.

B

3

BILBAO 1866;

Imp. del IRURAC-BAT, Ronda 5.

LA FLOR DE LA CARIDAD.

NOVELA

por D. Timoteo Alarcón

BARCELONA 1866

Imprenta de J. Vicens y Bausells

LA FLOR DE LA CARIDAD.

Al mediodía de la sierra del Madero en Castilla la Vieja, se ve Omeñaca, aldea de corto vecindario, situada en una cuenca, y cuya vista ofrece al viajero un cuadro misterioso, con las ruinas de un antiguo palacio, su iglesia de buen gusto aunque sencilla, y un torreón que se eleva con majestad sobre las humildes casas.

Los naturales, entregados completamente al cuidado de sus rebaños y heredades, si bien tienen que sufrir el in-

tenso hilo de invierno, y los ardientes soles de estio, gozan en cambio, la dulzura de una vida apacible conservando las tan amadas como sencillas costumbres de sus padres.

En el año 1820, figuraba en la aldea, como una de las personas mas ricas y honradas, el Sr. Juan, que habia quedado viudo el año anterior, con una hija de quince primaveras, á quien amaba mas que á si mismo.

En este pais, por buena fortuna que gocen algunas familias, siempre visten al estilo de todos, y sus hijas por mas delicadas que sean, ocupanse en las faenas del campo, con el mismo ardor que el mas robusto mancebo. Yo he visto lindas virgenes cuya piel tostada robó parte de la belleza de sus rostros; y sin embargo de mirarse con presuncion á los espejos de las fuentes, y buscar flores para adornar sus cabellos, jamás al espirar el verano alimentarán el deseo de no volver á sus ocupaciones rústicas.

Nunca el Sr. Juan permitió á su querida

Matilde que saliera al campo, sinó después de ponerse el sol, y con el único objeto de respirar un aire libre. Prendado de su hermosura que todos cuantos la veían elogiaban con entusiasmo, la puso trajes diferentes de los toscos zagalejos de las demas aldeanas: hizo que aprendiera á leer y escribir con perfeccion, y la compró libros de recreo, para que pasase divertida el tiempo que sus compañeras empleaban en los penosos trabajos del campo.

Los donceles mas ricos de la comarca habian solicitado con empeño su mano; pero al corazon de Matilde aunque sensible, no le habia llegado aun la hora de amar. Era tal la fama de su hermosura que las mas bellas jóvenes del pais, lejos de mirarla con envidia, no tenían inconveniente en confesar cuando moria algun soltero, que le mató su amor á Matilde.

Era una tarde de Junio; el sol acababa de hundirse tras los espesos montes de occidente, el viento soplaba con suavidad,

y los aldeanos volvian de sus campestres ocupaciones. La hija del Sr. Juan acompañada de María su hermana de leche, después de orar un momento en la iglesia, se dirige á los bosques de estepas y rebollos que crecen á las inmediaciones de Omeñaca.

—Hoy estás menos alegre que otros dias, la dice su hermana de leche mirándola con cariño.

—No se disimular nada, responde Matilde, cogiendo una mano á su compañera.

—¿Te sucede algo? pregunta esta sobresaltada.

—No, no, gracias al mucho cariño de mi padre.

—Cuéntame...

—Ya sabes María que tengo en la corte un tio, hermano de mi padre...

—Sí.

—Y que se hizo muy rico en América de donde ha venido hace poco...

—Tambien lo sé.

—Ha escrito á mi padre rogándole que me envíe á su casa, para aprender

tantas cosas buenas como hay en Madrid, y acompañar á una hija muy hermosa que tiene, y desea conocerme.

—¿Y tu padre que ha contestado?

—Me leyó la carta, y en seguida me preguntó mi parecer.

—Tu, le dirías que no...

—¡Nada dije, pero comencé á llorar y entonces me dió un abrazo tan fuerte!

—Tu padre te quiere mucho para separarse de ti.

—Si, Maria, no sé con que pagarle; me dijo que era el consuelo de su vejez, que sin su Matilde viviría algunos años menos.

—¿Y qué ha contestado á tu tío?

—Que no quiere separarse de mí hasta la muerte; que entonces él será mi padre, y me llevará donde quiera.

—Es decir, responde con tristeza Maria, que cuando tu padre muera te perderemos tambien á ti...

—No hables de eso Maria, que me afliges; dejar el pueblo donde he vivido siempre! ¡dejar á mi padre enterrado!..

hablemos de otras cosas mas alegres. .

—¿De amores?

—No, de amores, no.

—Bien me callas, picara, que te ha pedido el mozo mas rico de Gómara.

—No te digo esas cosas, porque, como me llaman poco la atencion, suelen olvidarseme:

—Es decir, que no te casarás con él.

—No.

—Por Omeñaca se dice, sin duda al ver que no has querido á ningun aldeano, que trata de casarte tu padre con alguno de los señores que vienen de la corte á veranear en nuestras frescas comarcas.

—Pero tu no creerás eso; ya ves que si alguno de ellos, cuando sale á cazar, se hospeda en mi casa, mi padre no me permite presentarme á él.

—Si, Matilde, pero yo no se que motivos tendrá...

—Yo tampoco.

—El sabrá lo que hace, los viejos saben mucho.

—Si, Mari a, y á nosotros toca tan solo divertirnos y obedecerlos.

Una liebre pasa fugaz por delante de ellas, y se oculta entre los matorrales.

—Mira esa liebre, grita María.

—¡Cómo me gusta verlas correr! exclama con dulzura Matilde; ¡no debían cazarlas! ningún daño nos hacen.

—Si nos hacen daño... se comen los sembrados de trigo.

—Es poco lo que puedan comerse, y y además Dios cria para todos.

—Eso sí.

—¡Y qué gusto dá verlas por el campo!.. lo mismo que ver los ciervos... las aves... ¿no las oyes cantar?

Las alondras daban al viento su canto melancólico, las maricas saltaban entre las estepas y los rebollos, la brisa movía blandamente las ramas de los arbustos, la luna comenzaba á brillar en las cumbres; todo presentaba un cuadro dulcemente misterioso.

—Ya es tarde, dice María; ¿quieres que volvamos á casa?

—Bien.

Un jóven que viene desalado hácia

ellas con una escopeta al hombro, llena de sobresalto á las dos tímidas niñas.

—Retiremonos de la senda dice María.

—Sí, si, responde Matilde apartándose con velocidad.

Cuando el jóven se acerca á ellas, vuelve la vista hácia atrás como si le persiguieran, y ve tres hombres que asoman á corta distancia por entre las estepas, se paran un momento, y volviendo la espalda, desaparecen.

Entonces se dirige á las niñas, y las pregunta:

—¿Me direis, hermosas doncellas, donde me encuentro?

—En la dehesa de Omeñaca; responde con timidez Matilde.

—¿Y la aldea está cerca?

—Sí.

—¿Qué le pasa á V.? pregunta María, reparando que corría la sangre del jóven por el muslo izquierdo.

—¡Ah! ¡me han herido esos viles asesinos! exclama con furor el jóven; y trata de contener la sangre con el pañuelo.

—¿Quiere V. que se lo ate al muslo? le dice Matilde con interés, y sin haberse fijado todavía en el rostro del jóven.

—Si, átemelo, responde este, dirigiéndola una tierna mirada.

Matilde concluye, y viendo que no es suficiente un pañuelo para contener la sangre, despójase del que cubre sus virginales hombros, y lo aplica á la herida. El corazon del jóven late con vehemencia; ha visto el cuello y la espalda de un ángel.

—¡Gracias, hermosa niña! exclama conmovido.

—Vamos ahora á mi casa, le dice esta mirándole al rostro, y bajando en seguida ruborizada los ojos.

El mancebo era de estatura regular, facciones proporcionadas, ojos negros, color un poco moreno, y en todos sus modales reinaba un aire de expresion que escitaba el interés de cuantos le veian; en su elegante traje de cazador daba á entender claramente que era algun ca-

ballero venido á gozar en aquel país los placeres de la caza.

La campana de la aldea toca á oraciones, y aquellas dos inocentes vírgenes se arrodillan en medio de la senda y comienzan á orar. La luna baña sus alegres rostros, y el mancebo las contempla con las mas vehementes conmociones.

—Vamos... dice María levantándose.

—¿A quién habeis rezado? pregunta el jóven dirigiéndose á Matilde.

—A la Virgen.

—¿La tienes devocion?

—Sí, y además, me dice mi padre que la campana cuando toca á oraciones, es la voz de la Virgen que nos manda rezar.

—¿Y tu padre me recogerá esta noche en su casa?

—El Sr. Juan, responde con prontitud María, nunca cerró sus puertas á nadie.

—¿Y tú, le pregunta á Matilde; tendrás el gusto en darme de cenar esta noche?

—Usted no debe cenar porque está enfermo.

—Pero tu, ¿tendrías gusto?... vuelve á preguntarla, mientras la coge una mano.

—Yo..., mucho... si, contesta apartando la mano.

—¿Cómo te llamas?

—Matilde, ¿y V.?

—Julio.

—¡Qué buen nombre tiene V.!

—Y tú ¡que hermosa eres, Matilde!

Con la agitacion no habia dolido á Julio la herida, pero luego que el vienteillo de la noche hace desaparecer el copioso sudor que bañaba su frente, comienza á sentir agudos dolores y á andar con demasiado trabajo: estaban ya afortunadamente cerca de Omeñaca.

—¿Quiére V. que le sostengamos? le pregunta la caritativa Matilde; apenas puede V. andar...

—Sí ¡angélica criatura! responde Julio con todo el fuego de un corazon apasionado.

Matilde y su hermana de leche le

sostienen cada una de un brazo. La luna mas clara que otras noches parece que se complace en iluminar la generosa accion de aquellas inocentes vírgenes.

—¡Con qué podré pagaros! esclama Julio; ¡sois tan buenas!

—Nosotras, responde Matilde nada hacemos porque nos paguen; lo que yo quiero es que se cure pronto la herida; ¿le duele á V. mucho.

—Si, bastante.

—¡Pobre señor! ¿habia V. hecho algun daño para que le hiriesen?

—Ninguno, Matilde.

—¡Qué bárbaros esos hombres! exclaman á la vez las dos 'niñas.

—¿Nos contará V. como ha sucedido? pregunta Matilde.

—Si, cuando lleguemos á tu casa.

Las ocho dan en el reloj de la torre, los aldeanos se recojen en sus casas, y las dos caritativas doncellas sosteniendo á Julio comienzan á cruzar las calles de Omeñaca.

En una cocina bastante espaciosa y cómoda, un hombre de sesenta años, en cuyo rostro sano y alegre se retrataba un conciencia tranquila y un corazón satisfecho, aplicaba astillas de roble á la lumbre, para que la cena estuviese preparada lo antes posible. Su traje como se usa en el país, consistía en un calzon y una chaqueta larga, todo de paño bu-riuel tosco, y un chaleco negro de estame-na: era el padre de Matilde.

—¿Dónde está el amo de esta casa? grita una persona que al parecer sube por la escalera.

—Adelante, señor cura, responde el Sr. Juan, abriendo la puerta que estaba entornada.

Preséntase el sacerdote, hombre de rostro grueso y encarnado, ojos alegres, y prominente barriga; dirijese á un es-caño cubierto con una piel de carnero, y el Sr. Juan le dice:

—No se siente V. ahí, D. Celedonio; hace demasiada calor, pasaremos á la sala...

—No, no, la lumbre es la gracia de Cristo, y ademas..., siento un poquito de frio...

—No llevará V. mucha ropa interior.

—Así... así... responde el cura colocando una pierna sobre la otra y metiendo una mano entre ellas para mayor comodidad; no llevo mas de dos pares de calzoncillos, y una chaqueta de paño.

—Ola... ola... es bastante.

—No señor, eso es poco; pero ¿cómo está V. solo? ¿y Matilde?

—Salió á pasear y no ha vuelto; temo que la haya sucedido algo...

—¡Qué disparate! exclama el sacerdote estirando sus brazos por el placer que le causa el calor de la lumbre; Deus bonos liberat, Dios libra á los que son buenos.

—Si, D. Celedonio, y mi hija lo es, por esa me creo feliz.

—¡Vaya si lo es!

—¡Y tan hermosa! ¿verdad? dice con sencillez el Sr. Juan.

—Sí, responde con misterio D. Celedonio; por eso he encargado á V. tantas veces que la cuide...

—Ya la cuido, no se hospeda en mi casa caballero de los que vienen á cazar en este país, que pudiera decir: «La he dado las buenas noches.» V. me lo aconseja, y yo bien sé lo que valen los consejos de un sacerdote.

—Estas medidas son muy convenientes, Sr. Juan; con esos señores se han perdido algunas doncellas en estas comarcas; y aunque es muy cierto que á presencia de los padres nada puede suceder, siempre es bueno quitar tentaciones; las niñas son niñas, y si se enamoran, ¿quién lo paga?

—Tiene V. razón, Sr. cura, aunque sean buenos esos señores, siempre conviene...

—Buenos...! todos ellos son de los que dice la Santa Biblia: «Quibus juravi in ira mea, si introibunt in requiem meam.»

A quienes juré en mi ira que no entrarán en el reino de los cielos. No se parecen á los naturales de este país; puedo decir á V. que no he percibido de ellos una peseta para una simple misa, que tanta falta hará á las ánimas de sus padres.

—¡Qué malos cristianos! exclama con fe el Sr. Juan.

—Ya ve V. si serán dignos de que hable con ellos Matilde que es otra Susana.

—Por eso estoy con cuidado Sr. cura, cuando tarda en volver de su paseo; puede haberla visto alguno de ellos, que como V. sabe, vienen á cazar en nuestra dehesa.

—Crea V. Sr. Juan que profanan cuanto pisan.

—Bueno seria, D. Celedonio que un día conjurase V. con el santo asperjes la dehesa, dice el padre de Matilde, creyendo que le ocurría una buena idea.

—El Sr. cura iba á contestar, pero ambos fijan la atención en una voz que grita:

—¡Padre! ¡padre! alumbra V...

—Es Matilde dice el Sr. Juan saliendo con el candil en la mano, mientras e cura bostezando se coloca en una postura mas cómoda.

Julio apoyado en las dos niñas sube con dificultad la escalera; el padre de Matilde, al ver al recién venido, exclama con sobresalto.

—¡Qué es eso!

—Este pobre señor que hemos encontrado herido en la dehesa....

—¿Quiére V. recibirle en casa, padre? pregunta Matilde con la ternura de un ángel.

—Si, hija mia, nunca mis puertas se cerraron á ningun desgraciado; responde el Sr. Juan satisfecho por hacer una obra de caridad, pero con el hondo sentimiento de que su virginal Matilde hubiera venido desde la dehesa con un caballero jóven y arrogante.

—No esperaba menos de la bondad de V. responde Julio.

El Sr. Juan entra en la cocina delan-

te de los recién venidos y dice al Sr. cura en voz baja.

—Vienen con un caballero...

—¡Vade retro...! grita el fiel pastor de Cristo.

—Está herido...

—Entonces menos mal.

—Buenas noches, dicen saludando al sacerdote las niñas y Julio.

—Buenas noches, responde sin levantarse.

—Ve tú á preparar la cama á este caballero, dice el Sr. Juan á Matilde; y tú María, á llamar al cirujano al momento.

Las dos jóvenes desaparecen, y el Sr. Juan preguntó á Julio que se había sentado en el escaño junto al sacerdote después de colocar en un rincón su escopeta.

—¿Dónde le han herido á V.?

—A media legua de aquí.

—En algun desafío... murmura de mal humor D. Celedonio.

—En desafío... no señor, responde con dignidad Julio.

—¿Pues cómo? pregunta el Sr. Juan.

—Don Arturo Sanchez con quien he venido de la corte á pasar el verano en Gómara: donde tiene ricas posesiones, me invitó ayer á cazar en estos contornos: ambos solos hemos salido esta mañana, y hallándonos descansando debajo de una encina, tres hombres se han arrojado sobre mi, he consumido toda la munición defendiéndome, y al cabo me he visto precisado á huir. El cansancio érame ya insoportable, cuando he encontrado á vuestra hija y la otra niña; mis furiosos perseguidores viéndome con gente, han desaparecido inmediatamente.

—¡Mi hija nació para hacer bien! exclamo con satisfacion el Sr. Juan.

—Y el amigo de V. ¿que hizo? pregunta el párroco.

—¡Huir así que vió los asesinos! exclama Julio dando á su rostro un aire de furor.

—¿Y no le persiguieron á él?

—¡Perseguirle..! ¡ah! una sospecha...

dice Julio moviendo la cabeza con los ojos clavados en el suelo.

—¿Pero tiene V. motivos? pregunta el Sr. Juan;

—De lo contrario, dice el cura, peca V.

—Tengo motivos, responde con firmeza Julio baste á ustedes saber que ese hombre está ciegamente enamorado de la que ha de ser mi esposa.

—¿Ve V. Sr. Juan las consecuencias del amor? pregunta el cura.

—Si señor, pero eso no creo que sea bastante para juzgar mal de un hombre; ¡cómo por solo estar enamorado!...

—¡Ah señor, Juan! exclama Julio; V. es bueno, vive en un país de sanas costumbres, y no es extraño que piense así; pero los que conocemos el mundo...

—¡Tiene razon! exclama con enfática dignidad el párroco; la corte es otro Sodoma... otro Homorra...

—Usted sabrá mas que yo, responde el Sr. encogiendo los hombros é inclinando la cabeza al suelo.

Matilde entra en la cocina y dice à su padre:

—Ya está la cama...

—Bien responde el Sr. Juan, y la señas para que se retire.

A los pocos momentos llega Maria con el cirujano. Este, Julio y el Sr. Juan, entran en una habitacion para el reconocimiento de la herida.

—Maria, dice el Sr. Juan volviendo à la cocina, tú y Matilde es preciso que hagais al punto muchas hilas.

—¿Qué dice el cirujano? pregunta Don Celedonio.

—No ha reconocido la herida pero cree que sea bastante regular; por lo menos tenemos enfermo para algunos dias.

—Sobre todo, Sr. Juan, ya que ha tenido la suerte de encontrarse con esas niñas que no vuelva à verlas...

—Claro está.

—Y para que le cuide, traiga V. à la tia Gorrina, que es buena enfermera y vieja...

—Muy bien Sr. cura.

III.

Son las cinco de la mañana; óyese el agudo sonido del esquilon que anuncia la hora de misa, y los habitantes de Omecaña obandonan con alegría sus humildes lechos, para cumplir su obligacion religiosa, y entregarse despues á sus faenas campestres.

En Omenaca, como en otros pueblos pequeños, tienen sus habitantes que asistir todos á la única misa que se celebra, por no haber mas sacerdotes que el cura párroco.

Por esto el Sr. Juan entró como de costumbre, á despertar á Matilde y su hermana de leche que dormian juntas, pero ya estaban vistiéndose; estas noches el sueño de Matilde fué mas ligero que otras; tal vez un sentimiento nuevo para ella, habiase apoderado de su corazon.

Dirígese despues el Sr. Juan al cuarto de Jullo y mandado ir á misa á la en-

fermera, se pone su sombrero y capa de día de fiesta, y bajar la escalera, diciéndole á las niñas que no anden perezosas.

Cuatro noches hacia que los párpados de Julio no se habían cerrado; la encantadora imagen de una doncella cándida como el ángel de la inocencia, hermosa como el génio del amor, presentábasele cada vez con mas atractivos, en medio de un bosque de estepas y reballos, atándole á su herido muslo el pañuelo que la cubría su divina espalda. Parecióle alguna vez que la tenia á la cabecera, miraba de repente, y encontraba en vez de la virgen de sus ensueños, la espantosa figura de la tia Gorrina.

Sin embargo de estos tristes desencantos, estaba gustoso con la pobre vieja, por el cariño con que le cuidaba, y el sumo deseo de complacerle, si bien no habia podido lograr de ella que le entrase la hermosa Matilde cuando el padre no estuviese en casa, pues Julio habia conocido que el señor Juan la ocultaba.

Así que la tía Gorrina sale de casa para ir á misa, Julio siente pisadas en su habitación, levanta la cabeza, y á los rayos del alba que penetraban por las junturas de la ventana, divisa un objeto que se acerca con timidez hácia la alcohá.

—¿Quién es? pregunta algo sobresaltado Julio.

—Soy Matilde que vengo á ver á V.

—¡Matilde! esclama con vehemencia Julio; ¿cuánto tiempo sin verte!

—Yo bien deseo entrar... pero mi padreno me lo permite, responde Matilde con la inocencia de un ángel.

—Tu padre es cruel...

—No, Julio, es padre y sabrá mejor que nosotros lo que se debe hacer.

—¡Ay Matilde qué buena eres! pero acércate... ven...

—No, tengo que irme corriendo á misa.

—Aunque suena la campanilla, hay tiempo aguarda un poco... ¡si vieras Matilde cuanto te amo..!

—¿Por qué? pregunta con alegría Matilde.

—Porque eres hermosa, porque eres caritativa.

—No me ame V., que mi padre me tiene prohibidos los amores. dice con inocencia la hija del Sr. Juan.

—Es decir, Matilde, que tú no quieres amarme.

La hermosa virgen calla.

—¿No respondes? la pregunta Julio.

La hermosa virgen sigue callando.

—¡Ingrata! exclama aquel; ¡no me contestas!

—No se enfade V. por eso...

—Vamos, Matilde, respóndeme...

—Yo le diría á V. que si, pero V. no me quiere mucho...

—¡Qué no te quiero mucho! mas que á mi vida! el pañuelo que me ataste al muslo para contener la sangre, lo conservaré hasta el sepulcro; ¡juzga ahora si te amo!

—¡Ah! si, si, lo creo, pero no diga V. nada á mi padre.

—Nada sabrá, Matilde.

—Vamos, que ya no suena la campana, grita María que estaba en la escalera para evitar una sorpresa.

—A Dios Julio, le dice Matilde saliendo de la habitación.

—Aguarda un momento.

—No puedo.

Dirigense las virgenes á misa; y Julio queda bendiciendo el nombre de Matilde.

Pasados algunos dias el cirujano dijo á este que ya estaba en disposicion de ponerse en camino. El Sr. Juan hubiera deseado que Julio permaneciese mas tiempo en su casa, pero negocios en Madrid le llamaban, y érale imposible detenerse.

El momento de la despedida llegó; á las tres de la tarde tomaba la diligencia; por eso no salió el Sr. Juan aquél dia al campo.

—Amigo mio, le dice Julio; ¡ si viera V. cuánto siento marcharme!

—Todavía lo siento yo mas, responde el Sr. Juan que sin embargo de las pre-

venciones de D. Celedonio, le había cobrado un cariño verdadero.

—Voy sumamente agradecido de V.; un padre no podía haberse portado mejor.

—Esa es mi obligación y la de todos el que cierra sus puertas no es buen cristiano.

—Vea V. ahora y siempre en qué puedo servirle, que será mi mayor deseo.

—En no olvidar á estos pobres campesinos.

—¡Jamás! ¡Jamás! y cuanto tengo es de V., responde con entusiasmo Julio.

—El Sr. Juan, amigo mío, tiene en mas estima un poco de afecto que todos los millones del mundo.

—¡Qué alma tan noble! exclama Julio prendado del corazón del Sr. Juan.

—¿Nos escribirá V. su llegada.

—Si, mi llegada á Paris, porque así que evacue un pequeño negocio en la corte, pienso tomar la carretera de Francia; pero dígame V. ¿no podré despedirme de Matilde?

—Está V. cumplido... responde el Sr Juan por evadir el compromiso.

—Aquí no hay cumplimientos; desde que me socorrió en la dehesa no la he visto, y, figúrese V. si tendré gusto en despedirme de ella, cuando la debo tan grande favor!

—Sí, pero...

—Concédame V. esa gracia...

El Sr. Juan no puede negarse y llama á su hija.

—¿Qué manda V. padre? le pregunta con amabilidad y un aire de tristeza que le era imposible ocultar, pues no ignoraba la partida de Julio.

—Este caballero quiere despedirse de ti.

Matilde le mira y baja la vista al suelo.

—¿Me mandas algo? la pregunta Julio.

—¿Para dónde?

—Para Madrid, ó París donde voy en seguida.

—¿Dónde está París?

—En Francia.

—¡Tan lejos va V.l exclama un tanto afligida Matilde.

—Vamos, despidete, hija mia, la dice su padre, y luego dirigiéndose á Julio, añade: tiene que continuar sus ocupaciones...

—¡A Dios, Matilde! esclama este, despues de mirarla un momento.

La doncella no responde.

—¡A Dios Matilde! vuelve á exclamar.

Tampoco responde, pero sus ojos se llenan de lágrimas. Julio enternecido aparta de ella la vista, estrecha en sus brazos al Sr. Juan, y baja con velocidad la escalera. Hasta que perdió de vista el torreón y la veleta del campanario, fué volviendo la cabeza para decir á Dios, á la aldea que guardaba el ángel de sus amores.

IV.

Cuatro años habian transcurrido desde la tierna despedida de Julio y la hija del Sr. Juan.

En un gabinete lujosamente amueblado, de uno de los mas suntuosos palacios de Madrid, sentadas en un sofá de damasco y dos butacas de terciopelo, conversaban cinco señoras; dos ancianas y las demás, jóvenes bien parecidas.

—Voy á dar á Vds. una noticia, dice la señora de casa marquesa del Roble.

—¿Buena? pregunta la otra anciana, condesa de la Mina.

—Buena, señora Condesa, para mi hija.

—Sí, responde esta, que era una joven de veinte y cuatro años, de regulares facciones, alta estatura y aire de orgullo.

—Antes de saber la noticia damos á V. la enhorabuena, responden las otras dos jóvenes.

—Gracias... gracias... bien se que Vds. se alegran de mi suerte.

—Pero, ¿cuál es la noticia? pregunta la Condesa.

—La llegada de Julio

El nombre de Julio causa vehemente

impresion en las otras dos jóvenes; la hija de la marquesa del Roble goza extraordinariamente, porque lo advierte en una de ellas, la menos hermosa, llamada Florencia, y en quien habia fijado la vista con intencion.

—¿Quién es Julio? pregunta la otra joven, que era un dechado de belleza.

—Nada menos que el novio de mi hija responde la Marquesa.

—No sabia que se casaba...

—Pues si, Matilde, pronto tendremos boda.

—¿Cuándo? pregunta Florencia impaciente.

—Antes de un mes.

Florencia siente un dolor que la destroza.

—¿Cuánto tiempo hace que marchó Julio a Paris? pregunta la condesa.

—¡Ah! viene de Paris... dice con prontitud Matilde.

—Si, responde la marquesa, viene de Paris, y tambien de Nápoles, y tambien

de Berlin, es aficionado á viajar, es un hombre de tono.

Matilde toma interés por descubrir quién es Julio, como si pensara encontrar en él algun amigo.

—¿Cuánto tiempo hace que marchó á París? vuelve á preguntar la condesa de la Mina.

—Cuatro años, responde la novia; desde que trataron de asesinarle.

—¡Trataron de asesinarle! exclama con alteracion Matilde.

—Sí.

—¿Dónde?

—Cerca de una aldea... que se llama... ¿no se acuerda usted mamá?

—No, del nombre no, pero sí que está en Castilla la Vieja.

—Omeñaca... tal vez... dice sobresaltada Matilde.

—¿Está esa aldea cerca de una siera? pregunta la marquesa.

—Sí, la del Madero.

—Justo, justo, esa es la aldea.

El corazon de Matilde late con vehemencia.

—¿Usted sabia algo, Matilde? pregunta la novia.

—No...

—Como presumia V. que fuera Omeñaca la aldea...

—Soy natural de allí.

—Y ¿estaba V. cuando el suceso?

—No, pero he visto muchos caballeros de la corte que van á pasar el verano en mi aldea ó en otras de la comarca, y nada tenia de particular...

—Como que allá sucedió.

—¿No prendieron los asesinos? pregunta la condesa.

—No, responde la novia.

—¿Y él solo estaba cuando le acometieron?

—No, estaba tambien nuestro amigo Arturo Sanchez, que huyó al ver los asesinos.

—¿Qué huyó! exclama con asombro la condesa; ¡pues si es tan valiente!...

—No dió pruebas...

—Pero vamos á otra cosa; ¿ha venido

bueno Julio? pregunta la condesa dirigiéndose á la madre de la novia.

—Si, ha venido tan guapo como siempre, sin duda para que padezcan algunas doncellas.

La novia dirige una mirada maligna á su amiga Florencia.

—¿Y no celebraremos su venida? pregunta la condesa.

—Si, responde la madre de la novia; pasado mañana iremos á comer á la casa de campo.

—Me alegro mucho; es uno de mis mayores placeres comer á la sombra de los árboles.

—Quedan Vds. convidadas, dice la marquesa del Roble á Florencia y Matilde.

—Gracias, responde Florencia, pero no sé si podremos...

—Mucho lo sentiríamos... creo que harán Vds. lo posible por asistir... dice la novia.

—Sí, Adela, contesta Florencia con frialdad.

—¿La concurrencia será numerosa?
pregunta la condesa.

—Numerosa y brillante, responde con
satisfacción la madre de la novia, casi
toda será de la aristocracia ó personas
muy ricas...

—Me alegro mucho.

—Asistirán el duque de San Martín,
el marqués de la Esperanza, el de la Ve-
ga, la condesa del Armiño.

—Modelo del refinamiento de tono,
interrumpe la de la Mina.

—Ya lo creo! exclama la novia.

—Si, Adelita, es señora que no per-
mite que pase á su habitación el Conde
su esposo, sin que un uger le anuncie
con toda etiqueta; se viste cinco veces al
día, que va todas las noches al teatro
lírico, y en seguida á la soiree, que tiene
guacamayo, etc.

Florencia y Matilde se despiden; Ade-
la besa á Florencia, la dice:

—No faltará V. á nuestro día de cam-
po...

—Haré lo posible por no faltar, responde con tristeza Florencia.

—¿Quiénes son esas niñas? pregunta la Condesa así que hubieron salido.

—Son unas amigas mías, responde Adela.

—¿De la aristocracia?

—No.

—Entonces supongo que no serán algunas pobretonas... dice muy persuadida la Condesa.

—La mayor, que se llama Florencia como ha oído V., es hija de uno que se enriqueció extraordinariamente en América, responde la madre de la novia.

—¡Eso es bueno! exclama la condesa.

—La otra, continua la madre de la novia, es prima carnal suya, que la trajo á su casa hace cuatro años por haber quedado huérfana en la aldea donde vivía.

—Y es muy hermosa... dice la condesa.

—Bastante, responde la novia; pero le falta aquel aire de sociedad, que solo se adquiere viviendo en la corte; es ade-

mas tan insulsa... no la gusta que la obsequie ningun hombre.

—Sin embargo de todo eso, tiene dignidad en su figura? dice la madre de Adela.

—Algo, responde esta.

—Y talento... añade la madre.

Un poquito, responde la hija.

—Ya veo, dice la condesa á la novia en tono de burla amistosa, que segun lo que dice tu mamá, es fácil que conquiste á Julio.

—Julio es hombre de tono para enamorarse de una pobre aldeana; responde con prontitud Adela.

—Es decir que no la temes...

—No.

—Y si á ella le diese la ocurrencia de amar á Julio, ¿te daría celos?

—Tampoco.

—No me dices la verdad... mira que soy mujer...

—Créame V. señora condesa... otras le quieren... y no me inspiran celos...

—Vamos... niña, la dice su madre; no

tengas reparo en descubrirlo todo á esta amiga, á quien tratamos con tanta confianza.

—¡Ya lo creo!... responde Adela.

—Florencia, continua la marquesa, es la que está ciegamente enamorada de Julio.

—¡Hola! exclama la condesa mirando á la novia; ¡tiene buen gusto!

—Y no puedo sufrir que sea yo la predilecta... dice Adela.

—¡Hola! vuelve á exclamar la condesa.

—¡Es tan orgullosa!....

—¡Hola! exclama por tercera vez la condesa.

—¡Y de tan mala intencion!...

—¡Eso mas!

—Si señora, y ¡tan amiga de murmurar!..

—Lo creo, dice la condesa tomando aire de importancia; tal sucede á las que nacidas en baja cuna, se enriquecen: llegan á ocupar buena posicion en la sociedad, porque el dinero todo lo consigue,

pero no pueden prescindir de sus groseros instintos; murmurar es uno de los defectos sociales mas repugnantes, y que en ninguna persona de la aristocracia lo encontrarás; nosotras hablamos si, del prógimo... le analizamos en todas sus partes... esto lejos de murmuracion, es una crítica ilustrada hija de la mas fina sociedad.

—Piensa V. muy bien, señora condesa.

—Siendo asi, Adela, tu rival, no le temas; Julio es hombre del gran tono, y ahora recién venido de Paris...

—Julio, dice la marquesa del Roble; es hombre del gran tono, pero tiene contra si que es ¡tan inconstante!.. hija mia, habla con franqueza á mi amiga á quien nada oculto; creame V. condesa, Julio no ha de ser el mejor marido.

—Si, mamá, si lo será.

—Figúrese V. condesa, que despues de comprometerse con mi hija, ha tenido algunas aventuras amorosas... él si, la quiere ciegamente pero....

—Aventuras tambien las tendrá despues de casado, eso pertenece al buen tono; tu no debes quejarte, Adela, él es rico, que importa mas que nada, y serás tan elegante como la condesa de Armiño.

—Mas querrá mi Adelita pasar un rato con su Julio, dice la marquesa; le ama tanto!..

—¡Qué sabe V.!... contesta Adela de mal humor, resentida de que su madre hablara con tal franqueza.

—Yo hija mia, lo que observo en ti... y me alegro mucho de que le ames... al fin va á ser tu marido... si hoy es hombre de pasiones, acaso algun dia...

Suena la campanilla de la puerta.

—¡Será Julio! exclama con mal disimulada alegría Adela.

—Si, responde la madre; quedó en venir á esta hora.

—Me alegro mucho, dice la condesa. Un criado anuncia:

—El Sr. D. Julio Antunez.

—Que pase adelante, responde la marquesa del Roble.

Preséntase Julio elegantemente vestido; despues de saludar á la novia y la madre, dice á la condesa:

—Señora, tengo el honor de ponerme á los piés de V.

—Gracias... responde ella alargándole su mano; que grueso viene V...

—A mi me prueba el viajar.

—¡Y que deseos tenia de ver á V.! ¡despues de cuatro años ..

—Hemos dispuesto para pasado mañana un dia de campo, dice la marquesa á Julio; vea V. que compromisos tiene.

—Yo, señora; como no sea dos amigos...

—¿De la aristocracia? pregunta la condesa no dudando que lo serian.

—No, responde Julio con frialdad, el uno es poeta y el otro músico...

—¿Qué dice V.! responde con asombro la condesa; el uno poeta..! el otro músico..!

—Personas muy decentes, señora, y de mucho talento.

—Lo creo... pero al fin tienen que trabajar para comer...

—Y á mucha honra, condesa.

—¡Vaya! ¡vaya! V. en los viajes ha perdido su buen tono.

—Y V. amiga mia, siempre con esos castillos de viento.

—No, señor, no son castillos de viento.

—Y Florencia ¿asistirá al día de campo? pregunta Julio dirigiéndose á su novia.

—No se... responde esta dándole á entender con una mirada que esas preguntas eran sospechosas.

—Me alegraría mucho que asistiera...

—¿Porqué?...pregunta sobresaltada la novia.

—Son asuntos de amor!... responde con alegría Julio.

—¡Asunto de amor!... exclama ella, y dirige una mirada significativa á su madre.

—Asuntos de amor, si; uno de los

amigos que llevaré pasado mañana, es el galán mas enamorado de Florencia.

—¡De veras!... exclama Adela, respirando con desahogo.—Si, y ya ve V. si para él al menos, será indispensable que asista Florencia.

—Ya lo creo.

—¿Y cuál de los dos es? pregunta la Marquesa.

—El poeta.

—No le faltarán miserias... dice con aire de orgullo y levantándose, la condesa.

—¿Se retira V.? la pregunta Adela.

—Si, querida, contesta dándole un beso; y luego dirigiéndose á Julio, le dice tengo un placer en haber visto á usted tan bueno...

—Mil gracias, señora, igualmente yo..

—Que no deje V. de llevar sus dos amigos... añade irónicamente la condesa.

—Será V. servida.

La madre de Adela sale á despedir á la condesa, y quedan solos Julio y su novia.

—¡Cuánto me ha acordado de V. Adela

en mis viajes! la dice Julio mirándola con ternura.

—Lo hace V. por halagarme, Julio, yo creo que su corazón no habrá sido insensible á las bellezas extranjeras; responde Adela diciendo la verdad sin saberlo.

—No señora, no he visto aun mujer tan hermosa como V.

—¡Qué lisonjero!..

—Digo lo que siento.

—Lo creo, ahora que me tiene V. delante, siente así; pero cuando se marche.. sucederá una cosa muy distinta.

—Y piensa V. de mí...

—Sí.

—¡Cruel!

—Esto no ser cruel, ya ve V. que le quiero...

—Menos que al enamorado Arturo, responde sonriendo Julio.

—Sí, por el valor que mostró cuando hace cuatro años acometieron á Vds aquellos viles asesinos...

—Es un...

Julio no concluye, una imagen halagüena que cruza por su mente, le anuda la garganta.

—¡Que no hubiera yo estado allí, para siquiera ataros á la herida mi pañuelo!.. exclama con entusiasmo Adela.

Julio tiembla de placer, recuerda que un ángel de inocencia y amor despojóse por socorrerle del pañuelo, de sus hombros, dejando á los céllros besar sus virginales espaldas.

Entra la madre de Adela, á los pocos momentos se retirá Julio.

Despues de comer, salió este á pasear al Prado; luego tuvo que cubrirse con su paraguas y volver á casa; espantosos truenos resonaban en el espacio, récias gotas se desprendian de las nubes.

Al cruzar por la puerta del Sol, dirigió sus ojos maquinalmento á una carretera cubierta, que pasaba con velocidad á su lado, y vió en la ventanilla izquierda al rostro de un querubin que le miraba con interés. Siente Julio una impresion vehemente, quiere acercarse á

la hermosa, acelera el paso, pero la carretela desaparece.

No puede echar de si la imagen de aquella mujer hasta que por la noche sube á una casa de juego, donde en cortos momentos pierde nueve mil reales en billetes de banco.

El dia siguiente, á las siete de la tarde salió pasear el desgraciado tahir, con intencion de subir por la noche á ver si lograba indemnizar su pérdida en la misma casa de juego. Al entrar en la calle del Desengaño llama su atencion una jóven cubierta con un velo, acompañada de otra al parecer su doncella, acércase creyendo reconocerla: efectivamente, es la jóven de la carretela.

Enagenado, olvida Julio el paseo y la casa de juego, marchando tras la hermosa jóven como atraído por una fuerza irresistible.

Párase esta delante de un ciego, que rodeado de tres niños el mayor de diez años, cantaba con ellos al son de la Guitarra, los gozos de San Juan Bautista.

—¿Son de V. estos niños? le pregunta con amabilidad.

—Si señora, responde el ciego; si V. los socorre con una limosnita...

—No haga V. caso, dice un transeunte á la jóven; son unos pícaros estos ciegos, y suelen rodearse de niños que no son suyos, para escitar la caridad de almas buenas como la de V.

—En estos casos nada me importa ser engañada, de todos modos es un pobre, responde la jóven mirando con repugnancia al transeunte.

—Crea V. señora, que son hijos míos, dice en alta voz el ciego

—Lo creo, responde Matilde; y le pone en la mano medio duro, cerrándosela en seguida para que nadie vea lo que le ha dado.

Sin embargo de estas precauciones, todo lo vé Julio que miraba atentamente, y llevado de su natural generosidad escitada por el ejemplo de la joven, saca un duro del bolsillo y lo regala al ciego.

Después se dirige al templo de San

Martin; donde ha visto entrar á la hermosa virgen cuyos pasos seguia.

Arrodilláse esta delante de San Antonio y comienza á orar con un fervor nada comun.

Una hora pasó Julio contemplándola como si estuviera en el paraíso.

Tocan á oraciones y la jóven manda á su doncella que la siga.

Al ir á tomar agua bendita, oye una voz que dice:

—Señora me hará V. el obsequio...

Mira la jóven y encuentra un caballero que la ofrece agua bendita. No puede verle el rostro bien, por ser de noche y cubrirle la sombra de la iglesia; pero cuando sale á la calle, le reconoce sin duda á la luz de los faroles, porque las tintas del rubor coloran su semblante.

V.

Son las cinco de la tarde; una brillante concurrencia se mueve entre los frondosos bosques de la casa de campo

(1). Distinguese desde luego á la marquesa del Roble solicita en obsequiar á sus convidados, y á la condesa de la Mina, sumamente amable con las personas que mas sobresalen en aristocracia ó en riqueza.

Sin embargo de brindar atenciones las mas orgullosas damas á Florencia, como hija de un hombre que podia prestar millones al Rey, Matilde á quien su prima y su tio amaban con extremo, era recibida de un modo muy diferente, acaso porque no le gustaban las costumbres de buen tono, acaso porque las riquezas de su tio no habia de heredarlas ella, acaso porque era mas hermosa que ninguna.

Todas las jóvenes, aunque se veian rodeadas de elegantes donceles, aguardaban con impaciencia al modelo en tono y arrogancia, aguardaban al simpático Julio, envidiando la suerte de la dichosa Adela, que en breve tiempo le poseeria.

(1) Sitio real cerca del palacio y á la orilla izquierda del Manzanares.

El sol va perdiendo su fuerza, un suave vientecillo comienza á soplar, sueñan en las orillas del Manzanares los alegres cantos de las labanderas, y en los espesos bosques de sances los melancólicos trinos de los ruiseñores.

La condesa de la Mina y la madre de Adela, mientras los criados preparaban la comida en un recinto cubierto de yerba y cercado de altos chopos de Lombardia, paseaban cogidas del brazo, aguardando á Julio.

—Mucho tarda, dice la madre de la novia.

—Estará dando lecciones de buen tono á sus humildes amigos el poeta y el músico; responde con sátira la condesa.

—Pero qué nos importa, amiga mía?, si son decentes...

—Siempre rebajan nuestra alta sociedad... dice con ridícula arrogancia la condesa.

—No, en nuestros tiempos alternan ya con la aristocracia las personas de mérito.

—Por eso creo que la aristocracia está hoy relajada; si fueran siquiera un Melendez... un Mercadante... y no un simple poetilla... un simple musiquillo...

—Lo que siento, ¡dice la madre de Adela sin poner atencion en las palabras de la Condesa; es que anoche fué á casa Julio; tan triste!..

—¿Pues qué tiene?

—No sé, él dijo que nada...

—Alguna aventurilla tal vez, Marquesa...

—Es tan impresionable, que no me extrañaría...

—Si, no hay que dudar... su corazon es un volcan.

—Y ¡qué lástima, Condesa! sus sentimientos son envidiables!...

—Es un buen chico.

—Ya viene... dice la madre de Adela con alegría.

—Si, responde la Condesa; ¡y con su par de acólitos!

Julio y sus amigos se acercan y saludan con finura á las dos señoras; la ma-

dre de Adela les recibe con amabilidad, la Condesa con cierto aire de orgullo.

—Cuánto nos habeis hecho esperar!.. dice á Julio su futura suegra.

—No hemos podido venir antes...

—Vamos, vamos á comer.

Despues de saludarse los concurrentes y los reciénvenidos, siéntanse á comer á la sombra de los robustos chopos.

Julio que al principio no se habia fijado en todas las demas, siente fuertes latidos de su corazon; ha visto una virgen encantadora; ha visto la jóven de la carretela.

Llega el momento de los brindis, y todos ruegan á Julio principe.

—No, eso toca á mi amigo el poeta; nosotros los legos necesitamos un poco de tiempo para discurrir.

El poeta levanta la copa é improvisa:

¿En qué mujer hallaré,

La virtud con la inocencia,

Con la hermosura y la fe?

A un ángel le pregunté,

Y el ángel dijo: «en Florencia.»

—¡Bien! ¡bien! gritan todos entusiasmados, menos Florencia á quien no agrada mucho este obsequio.

—Ahora toca á Julio, dice el poeta.

Este no se hace de rogar, y comienza:

Doncellas que ois mis versos,
Entre vosotras está,
El ángel de la belleza.
La flor de la caridad.

Aplausos numerosos resuenan; todos miran á la novia como para felicitarla, mientras Julio dirige con expresion sus ojos á la hermosa jóven, que en la puerta de San Martin tendió su caritativa mano á un infortunado ciego.

Cuando la noche comenzó á tenderse por el campo, los donceles buscaban predilectas niñas, á quienes ofrecer su brazo para pasear sobre las pintorescas alfombras de aquellos espesos bosques.

Ofréceselo Julio á la jóven de la carretela, con una timidez que nunca hasta entonces habia sentido; ella le mira con rubor, se detiene, y al fin acepta.

Arturo Sanchez, el despreciado amante de Adela, que habia sentido una pasion nada comun hacia la jóven á quien Julio apellidó la flor de la caridad, dirige á este una mirada amenazadora, que no causa mas efecto que el rocío en los peñascos.

Todas las parejas iban á corta distancia unas otras; Julio detenía el paso, porque necesitaba la soledad para dirigir sus tiernas palabras al ángel que se apoyaba en su brazo.

—¡Qué noche tan deliciosa! exclama este.

—Si, responde con voz lánguida la doncella.

—¿Quiero V. que estremos á pasear en este bosquecillo salitario?

—No... vayamos con todos...

—¿No le gusta á V. el retiro?

—Si... pero...

La jóven se deja conducir involuntariamente.

—La soledad, continúa Julio, ¡mal se acomoda á mi corazon.

—Tambien al mio, responde ella inclinando la vista al suelo.

—Me felicito, señora, de parecerme, en algo á V.

—Gracias, como me he criado en aldea, no me gusta el bullicio de la córte.

—¡Se ha criado V. en aldea!..

—Sí.

—¿Y volvería V. á vivir en ella?

—Sí.

—¡Ah! ¡yo tambien señora!

—¡Usted! exclama ella mirándole con sorpresa.

—Yo, si señora.

—No puedo creer que dajára V. las diversiones de la córte, la magnificencia de su casa, por una miserable aldea...

—Si, creame V. ¡qué dichoso, yo paseando por aquellos rústicos lugares con un ángel! ¡qué dichoso orando con ese ángel en la pequeña iglesia! ¡qué dichoso favoreciendo con ese ángel á los aldeanos indigentes!

—¿Tan fácil será encontrar un ángel

en la tierra? pregunta conmovida la jóven.

—Si señora, responde con entusiasmo Julio, ese ángel respira cerca de mi, es ángel de la hermosura, la flor de la caridad.

La jóven calla, su corazón late con vehemencia.

—¿No me entiende V. señora? pregunta Julio.

—No, ignoro quién es la flor de la caridad...

—He dicho que respira cerca de mi...

—Cerca de V. á nadie veo... responde con vergüenza la jóven.

—¡A nadie!.. ¿y la hermosa que se apoya en mi brazo?..

La hermosa no responde.

—Señora, continúa Julio; con el silencio me condena V...

—Y V. con esta declaración es perjuro.

—¡Perjuro!

—Si, perjuro á esa mujer que en breve tiempo será esposa de V.

—¿Y si nunca juré amor á esa mujer?

—Haría V. muy mal en casarse con ella.

—Mas no sería perjuro.

—¡Ah! ¡perjuro... si... sería V. perjuro!

—¿Por qué?

—Autes de contestar, permítame V. hacerle una pregunta.

—Con mucho gusto.

—¿Sabe V. quien soy?

—La vi á V. en la ventanilla de una carretela...

—¿Y fué por vez primera? le interrumpe la jóven con viveza.

—Si, pero desde aquel momento...

—Basta... basta Julio.

—Creí ver en V. unas facciones conocidas, sentí un amor que me parecia haber sentido otro tiempo...

—Basta... basta... V. es perjuro.

—¡Pero señora!... exclama Julio sorprendido.

Una tarde por el muslo de V. como la sangre, dice la jóven.

—Es verdad... interrune Julio asombrado.

—Y una niña ató á la herida el pañuelo de sus hombres...

—¡Es verdad!...

—Y V. la dijo: «¡Matilde, yo te amo!»

—¡Es verdad! exclama absorto Julio; ¿pero como usted sabe...?

—Soy de Omeñaca...

—Señora... ¿es posible...! exclama Julio mirándole con atencion; ¿esas facciones!.. ¡V. es Matilde!..

—Yo soy Matilde, responde ella mirándole con ternura.

—¡Matilde!.. Matilde adorada! perdón!.. exclama Julio besándola una mano

—Quien ató el pañuelo á la herida de V. y le condujo á su casa, no podrá menos de perdonarle.

—Ya soy feliz Matilde... V. me ama!..

—No, Julio, amar...

—Pero Matilde... será V. tan cruel!..

—Pero Julio, faltará V. á la palabra de casarse...

—Mi corazon no puede ser sinó de

Matilde, grita con fuego el enamorado galán.

—El mio ya no puede ser de V. responde Matilde, el honor lo prohíbe.

—¡Ingrata! exclama Julio, apartándose de ella que fija ruborizada la vista en el suelo.

Ambos permanecen en silencio.

Concluían de salir de un espeso bosquecillo, y se hallaban ya á orillas del estanque, uno de los sitios mas pintorescos de la Casa de Campo.

—¿Me ama V.? la pregunta Julio.

Matilde calla, un ruiseñor trina cerca de ellos.

—¿Me ama V.? vuelve á preguntar Julio, mirándola con tristeza.

Matilde alza los ojos, suspira, y se deja caer temblando en los brazos de Julio.

Frescos céfiros mueven las ramas de los árboles, cantos melancólicos de ruiseñores suenan en los frondosos bosquecillos, la luna refleja en las dormidas aguas del estanque; parece que la natu-

raleza vela con misterio aquel cuadro de amor.

El susurro de los concurrentes que se acercan al estanque, sobresalta á los dos jóvenes.

—Vamos á reunirnos con todos, dice Matilde; la que ha de ser esposa de V. le aguardará con impaciencia.

—Yo no puedo ser esposo de nadie sinó de Matilde...

—Julio, es preciso que sea V. hombre de honor, las palabras se cumplen...

—Tal vez pueda evitar el compromiso...

—De ningun modo; para la madre de V. seria un disgusto cruel; para la madre del Roble, mayor; ¡y para la novia!...

Ademas, yo no consentiria que el opulento Julio diera su mano á la pobre Matilde.

—¡Usted vale mil veces mas que yo! exclama con entusiasmo Julio.

—Aunque asi fuera, ¡piensa V. que Matilde haria desgraciada á otra mujer!.. el Sr. Juan no me inspiró esas ideas.

Julio la mira con admiracion, y guarda silencio.

- El mayor obsequio, continúa Matilde, que puede hacerme mi amigo Julio, es el de casarse con Adela, y amarla como esposa.

Julio la dirige una mirada de respeto.

Han cruzado los amantes un bosquecillo, y se hallan ya paseando tras la concurrencia, aunque un poco separados de todos.

Cuando estuvo Julio en Omeñaca tenía Matilde quince años, habian trascurrido cuatro que la desfiguraran bastante, y este fué el motivo porque no la conoció, sin embargo de observar en ella ciertos rasgos alguna vez vistos. Julio contaba veinte y cuatro, edad en que el hombre está formado y no fué difícil á Matilde conocerle desde la carretela, sabiendo ademas que acababa de volver de sus viajes.

VI.

En un gabinete adornado con elegan-

cia conservaba Florencia y Arturo; ella sentada en un muelle butaca, él, ya paseando agitado, ya quieto delante de su amiga.

—Si, dice este moviento la cabeza con furor; Julio es el cruel enemigo de mi felicidad.

—En los amores de Adela... si, responde Florencia.

—¿Y en los de Matilde no?

—Puedo asegurarlo á V.

—¿No la declararé yo mi amor antes de que él volviera de sus viajes?

—Si.

—Pues... ¿qué derecho tiene Julio para obsequiarla...? exclama Arturo.

—Ninguno, supuesto que va á casarse pero ¿qué diria usted si le asegurase que antes de haber declarado Arturo sus sentimientos á Matilde, ya era Julio dueño de su corazon.

—¡De veras! esclama sorprendido Arturo.

—¿Y qué juzgaria V. si tambien le asegurase que el poco valor de Arturo

fué la causa? pregunta con refiuada intencion Florencia.

—Señora, ¡mi poco valor!... esclama él apenas comprendiendo las palabras de Florencia.

—Si señor; oi decir en casa de Adela, que era V. un cobarde...

—¡Vive Cristo! esclama Arturo paseando con violencia por el gabinete; ¡yo cobarde! ¿que motivos tienen?..

—Voy á contar á Vd., responde con calma Florencia; cuando fueron V. y Julio á veranear á una sierra de Castilla la Vieja, y les acometieron unos asesinos, V. le abandonó...

Arturo palidece.

—¿Qué dice V. á eso? pregunta Florencia.

—Yo... nada... responde balbuceando Arturo; mi enemigo trata de quitarme e crédito... veremos si es capaz de medir sus armas conmigo.

Arturo no es cobarde, pero en su rostro se dibuja la vergüenza.

—No señor, dice Florencia sobresal-

tada; Julio lo contaría en secreto á su novia y su suegra, esto nada tiene de particular, pero si el que esa señora, ante personas que van á visitarlas... ante personas que aprecian á V....

—¡Almas viles! exclama frunciendo el entrecejo Arturo; pero me dijo V. que fué la causa de que Matilde ame á Julio...

—Si señor.

—Explíquese V.

—Como se halló sir el socorro de Arturo en la lucha con los asesinos...

—¿Y qué? interrumpe con viveza este á quien ofende que Florencia repita lo que nada le favorece.

—Tuvo que huir perseguido de aquellos, hasta que reuniéndose á dos niñas cerca de Omeñaca, le dejaron por temor de ser descubierto.

El encuentro con las niñas no llama la atención de Arturo, tal vez lo sabía.

—Julio estaba herido, y una de las niñas le detuvo la sangre con el pañuelo de sus hombros, continúa Florencia.

—Y esa niña... dice con agitación Arturo.

—Era mi prima, responde con calma Florencia.

—¡Era vuestra prima! exclama moviendo la cabeza con dolor Arturo.

—Si, amigo mio, y desde entonces Matilde ama á Julio, ya ve V. como la fecha no es corta.

Arturo maldice en silencio su suerte.

—¿Y qué me dice V. ahora? pregunta Florencia.

—Nada, responde sin mirar Arturo.

—Convendrá V. en que Julio no es culpable....

Arturo calla.

—Tambien convendrá V. en que Adela y su mamá saben quitar el crédito...

—Adela.. ¡despues de haberme dado tantos desprecios.. ¡ah! ¡si yo pudiera abatir su orgullo...!

—Bien fácil es... responde Florencia, que habia logrado traer la conversacion al terreno que deseaba.

—¿Cómo?

—Refiriéndola ante personas de buen tono lo que me ha oído V. á mí.

—Es verdad, responde con alegría Arturo.

—Todos lo creerán desde luego, por que todos observaron lo mismo que nosotros en la casa de campo.

—Si, creo que si, Florencia.

—¡Y cómo gozaré yo en su desconsuelo...! exclama esta.

—Tambien V. gozará!

—Si, desde que se apercibió de mi pasión hacia Julio, no ha cesado de ultrajarme.

—Es verdad.

—¡Si pudiera, amigo Arturo, causar la mas daños!

—Pero Florencia, los amores de Julio con Matilde en Omeñaca, son ciertos? pregunta Arturo con duda viendo el interés que tiene ella en causar padecimientos á su rival.

—Ciertísimos.

—¿Se los ha referido á V. Matilde?

—Habiéndola preguntado por lo que

observé en la casa de campo; me descubrió todo con detalles, a condición de guardar secreto; pero en estos casos...

—Un secreto es nada, dice Arturo concluyendo la frase de Florencia.

—Veremos que tal desempeña V. su papel.

—Con maestría.

—¡Ojalá!

—Si tan seguro tuviera el corazón de Matilde!

—El corazón no es fácil, pero la mano...

—Qué dice V.! exclama con alegría sentándose en una butaca Arturo.

—Que Matilde no puede ser de Julio, y por obedecer a mi papá tal vez dé a V. la mano.

—Señora, no me haga V. soñar...

—No.

—Pero ¿el papá de V. empleará su ascendiente á mi favor? pregunta Arturo mostrando el placer en su rostro.

—Si señor, desde que es V. socio de su compañía mercantil y ha conocido su

juicio y disposición, le ha cobrado un singular afecto.

—Señora, tanta bondad no merezco...

—Crea V. Arturo, que hará cuanto pueda.

—Lo creo, pero Matilde... enamorada de Julio... tal vez oponga una resistencia invencible.

—Al principio, sí; mas despues cederá á los consejos de su tío, y últimamente se olvidará de Julio.

—Señora, ¡que felicidad!..

—Si logramos Arturo; que dé á V. su mano, aunque no le ame, buena esposa será.

—Confío en el cariño que V. me profesa...

—Puede V. confiar, Arturo, le hablaré al momento; ahora con permiso de V. voy á vestirme, tengo que hacer una visita.

—Es V. muy dueña... yo me retiro.

—No olvide V. el proyecto de abatir el orgullo de Adela.

—No señora.

—Así lo creo.

Arturo sale del gabinete y Florencia tira el cordón de la campanilla; entra una doncella.

—¿Dónde está la señorita Matilde? la pregunta Florencia.

—En su cuarto.

—Mande V. que inmediatamente me preparen la carretel.

Diríjese Florencia á la habitación de su prima, y la encuentra leyendo.

—¿Qué lees Matilde? la pregunta.

—Pablo y Virginia.

Siempre estás leyendo esa novela; ¿no te cansa?

No, me la regaló mi padre...

—Entonces es muy justo que la conserves como un recuerdo, pero no que la leas tantas veces, cuando tenemos otras mas modernas.

—Tengo ese gusto, responde Matilde mirando á su prima con inocencia.

—Ya lo creo, porque te figuras que Pablo es Julio, y Virginia Matilde.

No me digas eso Adela, sabes que no

me es lícito acordarme de Julio... sabes que no me casaría con él aunque se desvaneciese su boda.

Florencia no podía menos de mirar con envidia á Matilde por verla tan amada de Julio, pero cuando la oía hablar, llenábase de ternura su corazón; oía la voz de un ángel.

—Es verdad, responde Florencia; ¡qué no fuera yo tan virtuosa como tú para olvidar ese hombre!..

—Esfuérzate, pide á Maria Santísima, ella te protegerá.

—¡Es tan difícil...! exclama Florencia avergonzada al ver cuán diferente era su corazón de Matilde en casa, en paseo, en la iglesia, ¡en todas partes me persigue la imagen de ese hombre!

—Es preciso, querida prima, que pongas remedio; tienes mil galanes que te adoran, recibe alguno y tal vez con su trato...

—Puede ser.

—El poeta, Florencia, es jóven de

figura.... de sobresaliente disposicion....

—Pero tu Matilde te hallas en el mismo caso que yo... y Arturo es buen jó-ven...

—Lo creo, pero no me gusta.

—Pues mira que mi papá tiene el empeño de casarle contigo; ha comprendido que te ama estraordinariamente, y como por sus relaciones comerciales y su gran capital conviene tanto á casa...

—No puedo casarme con él, Floren-
cia.

—Creo que me obedecerás; ya hablaste de esto otro dia, voy ahora á verte para visitar á la condesa de Armiño.

A los pocos momentos de salir Florencia, preséntase D. Cristófano Doria, caballero que tenia mucha confianza en la casa, y era de buena figura, edad treinta y ocho años, poseedor de inmensas riquezas, mas la que aguardaba heredar con el título de marqués en Italia su pais nativo.

—¡Cuánto me alegro que venga V.

le dice Matilde que le apreciaba en extremo por sus buenos sentimientos, integridad y reserva.

—¿Ocurre algo? pregunta con interés D. Cristóforo.

—Acaba mi prima de darme una noticia cruel para mí.

—¿Qué noticia?

—El proyecto que mi tío tiene de casarme con un hombre que detesto... con Arturo.

—Acaso podamos convencerle de que no debe hacer tal cosa.

—Como están ligados por relaciones de intereses, es muy difícil; á mi prima, que segun creo, lo toma con empeño, imposible.

—Imposible... ¿por qué?

—Conozco muy bien su carácter; ella me aprecia, pero es tan altiva, que como la muestre resistencia, me arrojará de casa.

—Nada importa, lo primero salvemos el corazón de V., la dice con ternura D. Cristóforo; yo tengo casa que sabe

abrirse á las personas recomendables.

—Gracias.... responde sumamente agradecida Matilde.

—Yo, señora, me ofrezco de veras.

—Lo creo, pero tengo en Omeñaca algunas posesiones con las que podré sostenerme. Allá nací, allá he pasado la mayor parte de mi vida, allá están los huesos de mis padres; ¡figúrese V. Don Cristóforo, si aquella aldea me será mas querida que la corte!

—Si, pero V. ha nacido para Madrid; es jóven... hermosa... despejada...

—Aunque lo fuese, amigo mio, yo no puedo lucir como otras, siempre conservo mi aire y mis instintos de aldea... y aquí se aprecia la elegancia... el buen tono... mas que la bondad.

—No señora, en Madrid como en todas partes, hay personas fútiles que viven de formas sociales, y personas de fondo que saben rendir culto á los buenos corazones como el de V.

Esto lo dice con intencion D. Cristóforo, Matilde no lo comprende.

—Es verdad, responde ella; en Madrid hay de todo, pero en el círculo de mi sociedad son tales como los he descrito.

—En el círculo de nuestra sociedad, hay al menos una persona que no ignora lo mucho que vale Matilde.

—Una... si, responde esta dirigiendo á su amigo D. Cristóforo miradas de agradecimiento.

—Y que la aprecia con un cariño verdadero, continúa él.

—Lo creo.

—Y que á su cariño puede dársele otro nombre todavía mejor...

Matilde inclina los ojos al suelo. Don Cristóforo se levanta, y la pregunta.

¿Dónde está el tío de V?

—En su despacho.

—Pues voy con permiso... tengo que hablarle.

A los pocos momento de quedar sola Matilde, entra una doncella y la dice:

—D. Julio Antunez pide permiso para hablar con V.

—Que pase adelante...

El corazon de Matilde late con vehemencia.

Preséntase Julio elegantemente vestido, pero con el rostro pálido y el cabello en desórden.

—Vengo á dar á V. una buena noticia, dice á Matilde despues de saludarla.

—¿Buena para mí? pregunta esta.

—Si, señora, para V.

—Sepamos.....

—Adela será mi esposa mañana por la noche.

—Si.

—¡Cuánto me alegro!

—Ya ve V. si es buena noticia... murmura Julio hincando los dedos en la solapa derecha de su frac.

—La mejor que V. puede darme...

Julio calla un momento; dirige una triste mirada á Matilde, y exclama:

—¡No sabia que su corazon de V. era tan insensible!

—Insensible... no, Julio.

—Qué no!.. se acerca la hora de mi suplicio, y V. la bendice! V...

—¡Por Dios amigo mío!

—Si tiene V. buen corazón, aun puede salvarme... aun podemos ser esposos.

—¿Recuerda V. Julio lo que le dije en la casa de campo?...

—Si, pero conforme llega el instante pierdo las fuerzas!... ¡mi corazón gime!...

—Valor... el hombre debe dominarse.

—No, Matilde... no puedo... déme V. una palabra...

De ningún modo, responde con dignidad Matilde; si V. quiere que yo le aprecie, ha de casarse con Adela, de lo contrario Julio no será para mí el antiguo Julio.

—Es delito el amar á V...?

—Es delito, si, faltar á la promesa; ¿quién sabe si Adela moriría de dolor! ¿quién sabe otras funestas consecuencias que no pudiera causar nuestro enlace! Julio, conduzcámonos bien, y verá V. ¡con que tranquilidad, cuando llegue nuestra hora cerramos los ojos para siempre!

—¡Matilde! exclama Julio mirándola con respecto y asombre; las palabras de V. me animan, como las evangélicas amonestaciones del sacerdote al reo en sus últimos momentos.

—Yo me felicito... responde ella con la risa del ángel del bien.

—Me casaré Matilde, pero dígame V. que me ama...

—Si, amo á V... responde la tierna virgen despues de haber permanecido un momento pensativa; ¡cuántas veces he recordado con placer aquella mañana en que inocente niña entré á visitar mi huesped en su lecho! el sonido de la campanilla que tocaba á misa, se me ha figurado oírle muchas veces! y aun me parece escuchar á V. que me dice «¡Matilde, cuanto te amo!»

—¡Ay alma mia! que momentos tan felices corrieron para mi en Omeñacal exclama Julio temblando á sus fuertes impresiones; todavia conservo, y hasta el sepulcro conservaré aquella prenda!..

—¿Mi pañuelo? pregunta con precipitacion Matilde.

—Sí, el pañuelo que la diosa de la caridad ató á mi herido muslo.

Matilde calla, y en su semblante muestra el enternecimiento.

—Ya que me veo precisado á renunciar á la dicha de poseer á V., estando intimamente convencido de que me ama, tendré algún día el desconsuelo de verla en los brazos de otro hombre?..

Matilde no contesta.

—Ya que la suerte me lleva al cadalso, continúa Julio; ¡sálvese mi amada!

—No, amigo mio, responde Matilde con seriedad; si yo puedo hacer feliz á alguna persona sin perjudicar á nadie, me casaré.

—¡Se casará V.!

—Sí, ¡cuán desgraciada sería en la vejez sin un hijo que me sirviese de apoyo! ¡qué felicidad tener quien fuera para mí lo que yo fui para mi padre!

—¡Y otro hombre ha de obtener la mano de Matilde! exclama Julio apretando los labios y moviendo la cabeza.

—No hablemos de eso, amigo mio,

piense V. solo en que mañana será marido de Adela.

—¡Ahl ¡si tengo valor para ello!..

—Lo tendrá V., no dudo que Adela me invitará á la boda, y en el momento solemne, una mirada mia hará pronunciar con valor á Julio el si que ha de unirle para siempre á una mujer.

Retírase pasados algunos momentos el amante de Matilde mas enamorado que nunca, pero mas resuelto que nunca á verificar su enlace con Adela.

VII.

Es el crepúsculo de la tarde. En el jardín del palacio de la marquesa del Roble, gozan de la frescura de los árboles y el perfume de las flores, los convidados al enlace de Adela.

—¿Qué te parece la condesa de Armiño? pregunta esta á Victor su hermano con quien estaba paseando del brazo.

—Está elegantemente vestida.

—Es una señora que dá el tono...

—¡Ya lo creo! sabe el francés, el ita-

liano, canta con primor, estrema cada dia un traje y gasta un par de guantes cada vez que sale de casa, viaja con su marido por Europa todos los veranos, y tiene un millar de retratos de galanes que la obsequian.

—No parece á esa necia de Matilde, que no sabe, por mas que lo intenta, disimular su humilde nacimiento; dice Adela dirigiéndola una mirada despreciativa.

Matilde sola, debajo de un sauce de Babilonia, parece sumergida en profundas meditaciones.

—Sin embargo, me gusta, responde Victor; ¡es tan hermosa!.

—Un poco, pero en cambio tiene mala educacion, intenciones detestables; ¿no la viste en la casa de campo retirarse con Julio por los bosquecillos?

—Si.

—Creeme, Victor, yo pensaba que era una sencilla aldeana... y me he persuadido que es cien veces peor que Florencia.

—A mi me parece inocente.

—¡Inocente! ella como nadie duda, está enamorada de Julio; por no padecer hubiérase estado en casa, á no venir con algun objeto...

—¿Qué objeto puede traer?

—Llamar la atencion de Julio para darme celos, ó tal vez traiga la insulsa esperanza de disolver la boda.

—No creo eso, Adela.

—Porque no conoces los caracteres tambien como yo: viene á eso, no lo dudes, y no sabe la tonta que si Julio la obsequia, es porque á los hombres agradan las mujeres de quienes pueden sacar partido.

Dejemos á la novia y su hermano para escuchar la conversacion de Florencia y el poeta, que tambien pasean del brazo.

—Si señor, dice ella, si quiere V. que le corresponda me ha de servir completamente.

—Aunque sea cometiendo mil crímenes, responde con entusiasmo el poeta, cuanto ni mas indisponiendo un matrimonio...

—Adela merece castigo, dice Florencia indignada; ella me ha ultrajado...

—Pues ella lo pagará, responde el poeta con resolucion.

—Vamos á discurrir el medio de disponerlos.

—Eso lo haré yo, señora.

—¿No le parece á V. amigo mio, que sería muy útil remitir á Julio un anónimo por el correo, diciéndole que su esposa es infiel?

—No señora, basta que sea anónimo para no ser creído.

—Entonces, V. puede asegurar á Julio que ha sorprendido á Adela con un galán...

—Tampoco.

—Julio no dudaria de V...

—Pero Adela me llamaria impostor ante el, y mi rostro me vendería, porque en el rostro del culpable está pintado el delito.

—¿Pues qué haremos? pregunta Florencia dudando que el poeta encontrase un recurso.

—Escribiré, responde este, una carta para Adela, con una firma desconocida, exigiendo el cumplimiento de su palabra, que era recibir en su habitacion al galan por la noche, cuando Julio no estuviese en casa.

—Pero... ¿y si Julio no lee la carta?.. dice Florencia poco satisfecha con el proyecto de su amante.

—Haremos, señora, que llegue á sus manos en lugar de las de Adela; entonces juzga él que una equivocacion le ha descubierto el testimonio de la infidelidad de su esposa, y aunque nos empeñemos en defenderla todos, Julio no pondrá vislumbrar el menor rayo de luz, para poner siquiera en duda su inocencia.

—¡Bravo! ¡bravo! ¡tiene V. un ingenio particular! exclama con satánica risa esta vengativa mujer.

—Creo señora, que así conseguiremos nuestro objeto; irritará á Julio demasiado la conducta de Adela, y es capaz de abandonarle para siempre.

—¡Qué buenos dias llevaré!

Pero es preciso, señora, que V. me los dé á mí tambien.

—Si, amigo, como nuestro proyecto tenga buen resultado, cuente V. con mi amor.

—Y aunque no le tenga; creo que sea suficiente poner los medios, y hallarme dispuesto á cuanto Florencia ordene;

Dan las nueve, los convidados abandonan el jardin y suben al magnifico salon, que la marquesa del Roble adornára con todo el lujo posible para el baile de aqueulla noche.

Mientras llegaba el sacerdote que habia de enlazar á los novios, Adela rezaba con fervor ante un crucifijo en el oratorio de casa; estaban sus sienes cenidas de flores blancas, eran las últimas flores de la virginidad.

La Marquesa que habia notado la ausencia de su hija, despues de buscarla por varias partes, dirijese al oratorio.

—¡Hija mia! la dice con mas amabilidad que otras veces; esta no es hora de rezar, los convidados desean tu presencia; pero ¿qué tienes..? ¿estás llorando!

Gruesas lágrimas corren por las pálidas mejillas de Adela.

—Algo te sucede... vuelve á decirle su madre; ¿por qué callas?..

—Me afligen tristes presentimientos... contesta Adela enjugando las lágrimas.

—No pienses en tales cosas... es una preocupacion...

—Se me figura, madre mia, que va á ser desgraciado mi matrimonio.

—¡Desgraciadol..

—Si, desde que me he puesto á orar, el corazon me tiembla viendo acercarse la hora de mi enlace como la hora de mi suplicio, y sin embargo, ¡amo tanto á Julio!..

—Si, debes amarle.

—Julio es digno de amor... pero ha cruzado por mi imaginacion la sombra de una mujer!..

—¡Hija mia! ¡deliras..! exclama con dolor la marquesa.

—No delire... la sombra infernal de una jóven... la sombra de Matilde!

Déjase caer en los brazos de su madre.

Luego se dirijen al salon, donde ya estaba esperando el sacerdote D. José Carrillo, íntimo amigo de la casa. También lo era de Florencia y su padre, y singularmente de Matilde que le confiaba sus mas recónditos secretos.

Vuelven al oratorio Adela y su madre acompañadas del sacerdote, Julio y muchos convidados que quieren servir de testigos en el desposorio.

Ambos novios se colocan á los lados del sacerdote, que abriendo el libro de ceremonias, dá principio á uno de los actos mas solemnes de la vida.

Al tener que pronunciar el sí Julio, calla; sus lábios quieren pronunciarle, su corazon se opone. Dirije Matilde una mirada poderosa al rebelde novio, y el rebelde novio hace resonar en sus lábios y en su corazon, el sí que para siempre le separa de ella. Todo lo observa Adela, juzga que aquella mirada es mirada de amor, y maldice con infernal

oido á la bondadosa Matilde. ¡Obcecada! ¡no sabe que este ángel es el ángel de su guarda!

Concluido el acto, retirase Matilde á su casa, pero Florencia permanece; desea probar que lejos de tener envidia á la novia, mira con indiferencia su matrimonio.

VIII.

Algunos dias despues de la noche de desposorio, al entrar Julio en casa, de vuelta de sus ocupaciones, encuentra una mujer como de sesenta años, de rostro descarnado, ojos hundidos, nariz afilada, cuyo pequeño cuerpo ciñe un vestido negro de cúbica, corto y de talle muy alto, y cuya raquítica espalda cubre un pañuelo amarillo de estambre.

—Caballero, dice esta á Julio; ¿me hará V. el favor de decirme si vive en esta casa?..

—El portero le dará á V. razón, interrumpe sin detenerse Julio.

—Doña Adela Meneses, grita con in-

tencion la vieja dirigiéndose al portero; le traigo una carta...

—¿Quién ha dicho V? pregunta Julio volviendo la cabeza.

—Doña Adela Meneses, ¿está V. satisfecho?

—Deme V. esa carta, la dice Julio bajando cuatro escalones.

—¿Por qué le he de dar á V. la carta?

—Porque soy el esposo de esa señora.

—¡El esposo...! exclama la vieja; y mete con prontitud la carta en su pecho.

—¡Venga esa carta! grita Julio echándole la mano al pecho, y temblando de furor, porque la figura de aquella mujer le parece sospechosa.

Ella aparentando resistencia permite que la arrebatan la carta y desaparece como avergonzada.

Sube Julio á su habitacion, sierra tras sí la puerta con violento empuje, abre la carta y lee; su rostro va por momentos contrayéndose y palideciendo; al concluir la lectura hiere el suelo de una patada

con imponente coraje, y comienza á pasear de prisa oprimiendo entre sus dedos la carta.

Cuando hubo calmado un tanto, se presenta Adela con aire de tristeza efecto de la conversacion que acababa de tener con Arturo, en la que ante algunas señoras, le habia descubierto los amores de Matilde y Julio en Omeñaca, segun prometiera a Florencia.

—¿Estás ocupado? le pregunta sorprendida de verle tan pálido.

—No, responde él aparentando serenidad.

—Me alegro.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que pedirte cuentas...

—Cuentas á mí!.. tú!.. exclama asombrado Julio.

—Si, esposo.

—Espílicate Adela, responde él esforzándose para contener su furor.

—¿No recuerdas haber estado hace cuatro años veraneando en Castilla la Vieja?

—Si, cerca de una sierra que llaman del Madero.

—Pues, en Omeñaca, dice ella dirigiéndole una mirada significativa.

—Pues, en Omeñaca, responde él comprendiéndola; pero ¿qué quieres decir?

—Que allí fuiste herido...

—Sí.

—Que allí ataron á tu muslo un pañuelo...

—Sí.

—Que era una mujer quien lo ató...

—¡Una mujer!... exclama con sarcástica risa Julio; te engañaron.

—¡Me engañaron!...

—Sí, no era mujer ¡era... un ángel!

—¡Ángel nombras al espíritu maligno que arrebató mi felicidad! ¡á una mujer inmunda!..

—Adela, contén esa lengua; le grita con fuerza Julio.

—Sí... ¡esa mujer destable!... continúa Adela.

—¡Detestable! exclama Julio mirando

con furor á su esposa; ¡esa niña es el ángel del bien! ¡yo lo amaba! ¡yo quería abandonarte por ella! ¡y ella fué quien hasta pronunciar el sí fatal, me siguió recordándome con el imperio de la virtud mi deber! me siguió...

Gruesas lágrimas inundan las mejillas de Adela.

—Ahora... continúa Julio, me toca á mi pedirte cuentas.

—¡A tí! exclama sorprendida ella.

—Si, tú que dudas de mi fidelidad... tu tienes que responderme de tu conducta!

—Julio... no te comprendo...

—¡No me comprendes..!

—No, responde ella mirándole atónita.

—¡En tu semblante, mujer inícuo, se ve pintado el crimen! la grita Julio lanzando miradas de fuego.

—¡Esposo..! exclama ella temblando.

—¡Esposa! contesta él dando un paso atrás; ¡guarda esa tierna palabra para otro hombre.

—¡Julio...! le dice acercándose con velocidad, y cogiéndole una mano que él aparto lleno de furor; ¿por qué me tratas así? explicate... ¡en nada te he ofendido!

—¡Hipócrita!

—¡Por Dios, Julio!

—¡Mujer infiel!

—¡Te han engañado, esposo! ¡oyeme...!

exclama Adela cruzando las manos.

—¡No necesito oírte! responde él hiriendo con fuerza la mesa que tiene á su lado.

—¡Oyeme, Julio!

—¡Aparta de mí!

—¡Soy inocente! exclama Adela arrojándose.

—¡Inocente! ¡y aun osas...! ¡toma mujer infame el testimonio de tu crimen y mi vergüenza!.. grita Julio tirando al rostro de su esposa la carta fatal, y saliendo con precipitación de su despacho.

Mientras Adela llora con amargura, él atraviesa maquinalmente las calles de Madrid, hasta que se dirige á casa de Ma-

tilde, esperando hallar consuelo en su dulce conversacion.

La encuentra leyendo como de costumbre, la novela de Pablo y Virginia.

—¿Se divierte V. mucho? la pregunta Julio despues de haberla saludado, y sin poder disimular su agitacion.

—Si señor, gozo extraordinariamente leyendo.

—¿Mas que en un baile?

—Si, en un baile hay envidias, desprecios, adulaciones, y otras cosas que repugnan; yo, Julio, estoy por la lectura el retiro... en fin la quietud.

—¡La quietud.. ah! quién pudiera gozarla..

—Usted, como toda persona que de buena fé suplique á la Virgen, ella nunca cierra sus oidos á los clamores de ningun pecador.

—Matilde qué buena es V. conforme la trato mi amor crece.

—No hable V. de amor, Julio, responde Matilde con seriedad.

—¡Qué no hable de amor..!

—Se lo prohibo á V.

—Matilde será conmigo compasiva...

—Advierto á V., Julio, que tiene esposa... responde ella con dignidad.

—¡Qué importa..! ¡el amor es libre..!
¡Yo amo á V..! ¡V. me ama..!

—Yo no puedo amar á un hombre casado.

—¡Matilde! exclama él sorprendido;
¡qué no me ama V..!

—No.

—Me es imposible creerlo... será por engañarme... V. me confesó!..

—Cuando Julio era soltero le amaba, ahora le aprecio como á un buen amigo.

—Ahora y siempre Matilde me amará... en valde lo oculta, responde Julio cogiéndola una mano.

—Amigo mio, aprenda V. á ser decoroso; le decia ella apartando la mano con aire de resentimiento.

Julio permanece un instante callando; luego exclama:

—¡No pensé que fuera V. tan ingrata!
mi corazon rebelde no queria unirse la

corazon de Adela, y Matilde me llevó al
pié del altar... y Julio la seguia obedien-
te como el siervo á su señor...

Matilde inclina ruborizada los ojos
al suelo.

—Si, Julio la seguia obediente, con-
tinúa el esposo de Adela; y el Señor llevó
su siervo al suplicio.

—¡Por Dios, amigo, mio, no diga V.
eso!..

—Si, Matilde, ¡V. me llevó al suplicio!

—El enlace con Adela es una dicha
lejos de suplicio.

—¡Una dicha! exclama Julio temblan-
do de furor; ¡Adela me ha vendido!

Florencia abriendo con suavidad la
puerta que estaba entornada, oye las úl-
timas palabras de Julio, y se detiene.

—Usted delira... responde Matilde
con asombro.

—¡Adela me ha vendido! ¡Adela es
infie! vuelve á exclamar Julio, que no
ha visto á Florencia, por estar sentado
de espaldas á la puerta.

Esta mujer vengativa, oyendo las do-

lorosas exclamaciones de Julio, suelta una sonrisa diabólica, la sonrisa del triunfo. Hubiera permanecido escuchando la conversacion, é hizo señas á Matilde para que fingiese no haberla visto: pero esta virtuosa jóven, sin embargo de temer su enojo, no pudo convenir en tal vileza, y levantándose la dice:

—Siéntate aquí, prima.

—No quiero, contesta altamente resentida Florencia; y sin dar lugar á que Julio la salude, le pregunta en tono insultante; ¿es V. feliz en su matrimonio?

—Si, responde Julio comprendiéndola.

—¿Pues no decia V. ahora?..

—Hablabá con Matilde...

—Pero Florencia lo ha oido.

—Nada me importa.

—Claro es, nada importa que una esposa falte á la fidelidad... responde Florencia con irónica sonrisa

—Señora, ya que no tenga V. buenos sentimientos, tenga buena educacion, la dice Julio con arrogancia, y despidiéndose.

se de Matilde, toma el sombrero y se retira.

Va á casa de varios amigos por distraerse, luego á pasear solo, luego al café, y en ninguna parte puede echar de sí la infidelidad de Adela, y la ingratitud de Matilde.

Al cruzar por la calle de la Montera, oye tocar á oraciones, juzga que Dios le llama para darle consuelo, y entra en San Luis, donde comienza á rezar con un fervor nada comun: siempre el desgraciado buscó alivio en el silencio de los templos.

A las once de la noche, sube la escalera de su casa un poco mas tranquilo: rumores en el gabinete de Adela llaman su atencion; acércase y oye la voz de esta que dice con dignidad.

—Señor D. Arturo, ya es la segunda vez que trata V. de insultarme á mí, ó de quitar el crédito á mi esposo; si está enamorado de Matilde, hace bien. Desde ahora me hará V. el obsequio de no volver á mi casa.

—¿Qué es eso? pregunta con fuerza Julio presentándose de repente en el gabinete.

—Es nada... nada... responde la condesa de Armiño y otras señoras.

—¡Arturo! grita Julio dirigiéndole una mirada de fuego; ningun valiente insulta á ninguna mujer!..

—No temo á ningun hombre y menos á tí, responde Arturo levantándose de su asiento.

—Veremos...

—Si, veremos.

—Los ojos de Julio parece que saltan de sus orbitas; Adela y la condesa del Armiño tratan en vano de sacarle del gabinete, mientras las otras señoras, logran que Arturo se retire despues de haber dicho á Julio:

—Mañana á las siete de la tarde en el campo de Guardias.

IX.

El sol ha desaparecido tras las montañas de occidente, el firmamento pre-

senta variados celajes, que ofrecen un contraste seductor con las innumerables torres de Madrid; son las seis y media.

Arturo Sanchez y un amigo suyo, capitán de caballería, salen por la puerta de Santa Bárbara.

—Crea V., dice Arturo á su amigo y padrino: que en ningún duelo tuve tanta sed de vengarme como en este.

—Pues á saciarla, responde con gesto sombrío el capitán.

—Mi rival, continúa Arturo, no contento con haber conseguido la mano de la jóven que yo amaba, está enamorado de otra, que ha concedido en mi pecho una pasión todavía mas fuerte.

—¡Hola! ¿y ella le corresponde?

—Si señor.

—Pues no me estraña que desee V. con ansia beber sangre; pero le encargo sobre todo serenidad en el duelo.

—Siempre la he tenido en estos casos; la muerte no me acobarda.

—Sin embargo, el demasiado furor perjudica, responde acariciando su

mostacho el capitan; yo que juego bien las armas, que me he hallado en muchos desafios, y á un millon de espadachines les he hecho el singular obsequio de sacar les de este mundo de miserias, encontréme una vez en riesgo inminente por la poca serenidad con que luchaba, á causa del ardiente deseo que tenia de matar á mi enemigo.

—Pero al fin ¿le mató V.?

—Si, despues de haber recibido mi brazo derecho y mi costado izquierdo algunas heridas.

—Con gusto las sufriré yo á costo de matar á Julio.

—Creo que el triunfo sea nuestro; V. tira muy bien la pistola.

—Si, pero Julio no lo hace peor.

En esta conversacion llegan al campo de Guardias. Despues de haber esperado algunos momentos, dice Arturo.

—Todavia no vienen...

—Acaso el miedo haya hecho arrepentirse á Julio; contesta el capitan sin-

tiendo estraordinariamente que asi sucediese.

—No, amigo mio, Julio es valiente, no tardará en venir.

—Ya son las siete, dice el capitan mirando su reló.

—Esta es la hora de la cita, responde Arturo; y fijándose luego en dos personas que se acercan, dice; ya están ahí.

—¿Qué padrino trae? ¿le conoce V., Arturo?

—Si, un amigo suyo poeta.

—¡Y qué elegante viene Julio! exclama con risa maligna el capitan; me parece que para mortaja cualquiera ropa sirve.

—Asi lo creo yo, los gusanos tienen poco escrúpulo.

Julio y el poeta llegan.

—Señores, dice el primero al capitan y Arturo, despues de hacerles un ligero saludo; creo que debemos alejarnos mas de la poblacion.

—¿Por qué? pregunta el capitan.

—Porque es fácil que nos descubran,

y V. y mi padrino quedan altamente comprometidos.

—Es verdad, responde Arturo.

Mientras se alejan del campo de Guardias, el poeta dice al capitán en voz baja;

—Tratemos de estorbar el desafío, me parece triste que volvamos luego dejando uno tendido en el campo.

—¡Triste! exclama con risa de mofa el capitán; si llevara usted como yo dos charreteras, no diría tales cosas.

—No por eso temo más que V. la muerte, dice el poeta; pero no parece prudente...

—Batirse, responde el capitán interrumpiendo la frase.

Así que llegan á un sitio que les parece bastante retirado de la población, cargan ambos padrinos las pistolas, y en seguida trazan en el suelo con sus bastones, dos líneas paralelas distantes una de otra veinte y cuatro pies, espacio que había de medir entre los rivales.

Clavados los bastones en las líneas con objeto de hacer más clara la demar-

cacion, dan los padrinos una pistola á cada rival, despues de colocarles uno frente de otro á diez pasos de las lineas, para que avancen hácia ellas.

El capitan, de convenio con el poeta, hace la señal del duelo, y ambos rivales marchan el uno contra el otro, hasta llegar á las lineas donde se detienen.

Arturo dirige la punteria al pecho de su enemigo, dispara con precipitacion y se aparta de la linea. Julio siente la bala silvar cerca de sí, pero no se inmuta.

—Acércate á la linea cobarde, le grita Julio.

Arturo se acerca con temor, y antes de llegar, tira Julio el gatillo de su pistola, cuya bala hiere el brazo de su contrario.

—Concluido está el duelo: dice el poeta.

—No señor, grita Arturo; el duelo es á muerte... ¡yo quiero vengarme!

Sus encendidos ojos despiden rayos de ira contra Julio.

Los padrinos dan nuevas pistolas á los rivales, estos avanzan con furor hácia las líneas.

Arturo impulsado por su coraje, y metiéndose en terreno prohibido á pesar de contenerle el capitan, dispara, y hiere ligeramente el muslo derecho de Julio. Este, indignado al ver que su rival quebrantando las leyes del duelo, ha conseguido herirle, suelta con furor el tiro que dirige al corazon, y Arturo cae envuelto en su sangre.

—¡Me ha muerto! exclama con violentas convulsiones; ¡un confesor!..

El capitan y el poeta van á cogerle, pero notando que algunas personas se acercan, huyen diciendo

—Ya hemos cumplido con las leyes del honor, ahora salvémonos.

—Levánteme V. capitan. dice Arturo á un jóven que se acerca á él.

El capitan y el poeta han huido, responde el jóven, yo soy tu amigo Julio que quiere socorrerte.

—¡Julio! ¡Julio! ¡perdon! esclama Arturo alargandole su mano.

—No hay porque perdonarte...responde Julio enternecido.

—Si... si... un dia!.. en Omeñaca!.. traté de asesinarle!..

—Calla... calla... te perdono, contesta Julio interrumpiéndole.

Las personas á cuya vista huyeron el capitan y poeta, llegan; son Victor el hermano de Adela y otros amigos, que sabiendo era el punto del duelo el campo de Guardias, fueron con el laudable objeto de impedirle; y no hallando á nadie, se alejaron mas de Madrid. creyendo que así lo habrian hecho tambien rivales y padrinos.

Un amigo de Victor fué á traer un sacerdote de Chamberí: Arturo Sanchez á los pocos momentos tuvo el consuelo de morir confesado.

Los conocidos de este se sorprendieron al saber el acontecimiento, pero luego le olvidaron: la muerte de un hombre

es para el mundo como la caída de una hoja para un bosque.

Julio fué conducido ante la justicia, y merced á sus buenas relaciones y la generosidad con que se portó en el desafío, vióse libre de su causa, no sin algunos meses de prision é inmensas cantidades gastadas.

Adela, que con estos infaustos acontecimientos y las al parecer bien fundadas quejas de Julio, sintiera debilitarse su salud, despues dar al mundo y á su esposo, una niña imágen de su madre, enfermó gravemente; y por fin convinieron los médicos en que salvarla no estaba al alcance de la ciencia.

X.

Son las once de la noche; en la alcoba de un gabinete iluminado por un velon, cuya ancha pantalla hace escasa y tétrica su luz, una mujer jóven, hermosa, aguarda con serenidad el solemne y cercano momento de su muerte, es la desdichada hija de la marquesa del Roble.

Desde que los médicos declararon que era imposible curarla, no se había separado Julio un momento de la cabecera del lecho; y el sacerdote D. José Carrillo, hombre de una conducta ejemplar y unos sentimientos nada comunes, estaba resuelto á no abandonar la enferma, hasta la hora en que Dios la llevase á su compañía.

—¿Cómo se encuentra V. Adela? pregunta este á la enferma.

—Mal... muy mal... responde ella con trabajo.

—¿Quiere V. algo?

—Si, agua, tengo un calor...

El sacerdote sale fuera y manda entrar á una doncella un vaso de agua; luego hace señas á Julio desde el gabinete.

—¿Qué quiere V.? le pregunta este en voz baja.

—Creo, Julio, le dice el sacerdote retirándole á un ángulo de la habitacion; que ha cumplido V. ya los deberes de un buen esposo, ahora es preciso que se

aparte V. de aquí, los últimos instantes de Adela se acercan.

—Quiero verla espirar, D. José.

—No tendrá V. valor...

—Para abandonarla! interrumpe Julio al sacerdote.

—Seamos mas prudentes, amigo mio, ya ha visto V. que la marquesa que tanto apreciaba á su hija, se ha retirado, que Victor ha hecho lo mismo...

—Es verdad, pero yo soy esposo!..

—Julio, yo lo suplico.

—En vano, D. José, me es imposible obedecerle.

Sale la doncella de la alcoba y dice á Julio:

—Desea ver á V...

Julio entra y toma asiento en la cabecera, el sacerdote se coloca derecho junto á la cama, la doncella se retira á insinuacion de ambos.

—¡Julio! esclama la enferma dirigiéndole una mirada triste.

—¿Qué quieres? le pregunta el esposo.

—Tu mano.

—Toma, y le alarga la derecha.

—No creas que mi mano está manchada, dice ella mirando á su esposo y luego al sacerdote; ¡soy inocente! ¡no es cierto D. José?

—¡Adela, perdónamel exclama Julio.

—No necesitas perdon te engañaron...

—¡Perdon! vuelve á exclamar Julio.

Adela padece hablando, y calla; el péndolo del reló del gabinete con sus acompasados golpes, hace mas triste aquella escena de dolor; cada golpe es un momento menos de vida de los pocos que restan á la esposa de Julio.

Suena el reló.

—¿Qué hora es? pregunta la enferma.

—Las once y media, responde el sacerdote.

—A las dos ya no viviré, dice con resignacion Adela; y dirigiéndo luego sus ojos á Julio le pregunta; ¿me amas?

—¡Mas que á mi vidual responde este sintiendo que su corazon se destroza.

Adela sonrie melancólicamente; es la la última sonrisa.

—¿Cumplirás Julio lo que te mande? pregunta con interés.

—Si.

—Cuando veas á Matilde pídelá perdon por mí; sé que es un ángel... D. José me ha descubierto muchas cosas!..

—¿Tienes mas que ordenarme?

—Si, que te cases con ella.

Nunca Julio sintó conmociones mas vehementes.

—Matilde, continúa la enferma, te cuidará bien y será otra madre para mi niña; ¿oyes?

—Si! responde Julio, con voz sepulcral.

—No te aflijas, le dice ella.

Julio calla.

—Ahora, continúa la enferma, quiero dar un beso á mi Adelita, será el último beso.

Julio sale, y al momento entra con la niña en sus brazos; Adela quiere incorporarse y le es imposible, pero inclinan-

do su esposo la niña, legra besarla, y exclama:

—¡Pobre! ¡que jovencita te quedas sin madre!

Julio saca de la alcoba la niña, y volviendo luego se sienta en la cabecera.

Pasada hora y media, nota Adela que su vida concluye con rapidéz, quiere hablar á Julio, pero faltándole las fuerzas se contenta con decirle:

—¡Julio! ¡cuánto te amo!

Estas son las últimas palabras que pronuncia; una intensa postracion se apodera de sus miembros.

A las dos de la mañana, esta infeliz mujer rinde su alma al Eterno; tal vez el ángel de la agonía la conduce al paraíso.

El sacerdote, despues de repetidas súplicas, logra sacar á Julio de la alcoba.

Antes de salir, exclama este besando el pálido rostro de su esposa:

—¡Duermes, Adela!.. ¡duermes para siempre!..

Entran ambos en una habitacion, cu-

los balcones miran á la calle; Julio se deja caer en una butaca, el sacerdote toma asiento en el canapé; Julio llora; el sacerdote no trata de consolarle, porque conoce que el mejor consuelo es el llanto.

Media hora trascurrió sin que Julio y el sacerdote rompiesen el silencio. Los dulces sonidos de una orquesta les llama la atención.

—¡Ah! exclama Julio temblando; ¿están de baile en casa de D. Cristóforo Dórial?

—No, responde el sacerdote con intención; será en otra casa...

—¡Imposible! se casó este caballero ayer con Matilde, y querrá celebrar sus primeros días de amor...

—Eso es muy justo, contesta el sacerdote.

—Muy justo, si; ¡mire Vd como bailan!.. exclama Julio abriendo las hojas, de un balcon.

Veíanse claramente girar innumerables parejas en una espaciosa y bien

amueblada pieza de la casa de D. Cristóforo Doria, contrastando los elegantes fraques de los donceles, con los blancos vestidos y lindas guirnaldas de las bellas.

—Cierre V. ese balcon... dice el sacerdote á Julio que mira las parejas con sarcástica risa.

—¡Qué felices son! ¡y yo, qué desgraciado! exclama este cerrando el balcon y volviendo á sentarse en la butaca.

—Ese es el mundo, amigo Julio; unos rien cuando otros suspiran.

—Si, ¡hoy me toca á mi suspirar!.. ¡á Matilde reir!.. ¡ingrata!

—¿Por que la trata V. de ingrata?

—¡Por qué!.. soy amigo suyo, y en mi desgracia, ¡lejos de sentir, se entrega á los placeres!..

—Las apariencias, Julio, engañan á veces; tal vez haya vertido lágrimas...

—Si esas lágrimas fuesen por mi Adela... ¡cuánto lo agradecería!

A las nueve de la mañana se retira el sacerdote á celebrar misa por el alma

de Adela. Julio quiere permanecer solo, y manda á sus criados que no permitan entrar á nadie.

A las ocho de la noche tira el cordon de la campanilla.

—¿Qué manda V.? pregunta entrando Pedro su ayuda de cámara.

—Quiero saber si el cadáver de mi esposa está en casa todavía.

—No señor esta mañana le han llevado á depositarle en San Martin.

—Bien; retírate.

Julio permanece un momento pensativo, luego exclama.

—¡Aún no le cubre la tierra! ¡aun puedo besar su amada frente! ¡Ah! ¡ella me queria mas que Matilde!..

Coje el sombrero, y sin ser visto de nadie, se dirige al templo de San Martin. En la puerta encuentra una mujer anciana que le dice:

—Generoso caballero, socórrame V. en algo; tengo cuatro nietos que han quedado estos dias huérfanos, y y están muriendo de hambre.

—Si, la socorreré á V., contesta Julio y luego reconociéndola, añade; V. es la mujer que me entregó una carta...

—¡Yo soy!.. ¡no habia conocido á V.! exclama la vieja temblando.

—No tiemble V., yo la perdono; pero deseo saber de quien era aquella carta... digamelo V., cuatro duros la ofrezco.

—Me la entregó un caballero á quien yo no conozco, me dijo que hiciese porque fuera á manos de V., aparentando al mismo tiempo que V. era la persona de quien mas principal debia ocultarla.

—¡Qué perfidia! exclama con furor Julio; ¿y no podia usted averiguar quién es la persona?

—Ya no es fácil, por la mañana que entregué á V. la carta, estaba cerca de mi; era preciso que me enseñase el caballero á quien debia entregarla, porque yo no le conocía.

—¡Qué ideal!.. ¿era tal vez uno?..

—A quien V. dió la mano...

—¡Horror! el poeta!.. exclama Julio dando una patada en el suelo; calla un

momento, luego dice con aire de tranquilidad:

—Tenga V. los cuatro duros, yo la perdono; pero nunca vuelva V. á cometer tales maldades.

—Señor, yo no sabia...

Entra Julio en el templo, y se dirige con paso vacilante á la capilla donde ve el reflejo de los cirios que iluminan el cuerpo de su esposa. El silencio profundo que reina, y el sonido misterioso de la campana que toca á oraciones, hacen mas imponente la majestad de aquella sagrada mansion.

Una mujer arrodillada ante la capilla, ora con fervor, y ora sin duda por el alma de Adela. A través del velo que cubre su rostro, pueden verse las facciones del ángel de la belleza, la melancolia de la virgen del dolor.

Julio la reconoce y exclama agitado por fuertes conmociones:

—¡Matilde!

Esta piadosa jóven se levanta y desaparece.

Los criados de Julio que velan el cuerpo de su señora, sorpréndese de la inesperada aparición de su mano, tratan de impedirle que entre en la capilla, pero sus esfuerzos son inútiles.

Julio se acerca al cadáver de Adela, besa su pálida frente, y exclama vertiendo algunas lágrimas:

—¡Perdon esposa, perdon! ¡eras inocente!...

Un vértigo le hace caer en brazos de sus criados.

XI.

Once años habían trascurrido desde la muerte de Adela.

El poeta que sirvió de instrumento á los vengativos planes de Florencia con la esperanza de conseguirla, viéndose burlado por ella y descubierto por Julio, suicidóse para dar fin á sus desgracias y ocultar su vergüenza en un tumba.

Arrepentida ella de los desastres que había ocasionado, hizo donación de los inmensos bienes, que por muerte de su

padre heredara, á su prima Matilde, y se retiró de este mundo, océano proceloso, á llorar bajo las sombrías bóvedas de un claustro.

Victor casó con una hija de la entonada condesa de la Mina, despues de la muerte de su madre, que no pudo sobrevivir mas de un año á su tan querida como infeliz Adela.

Matilde, finalizadas las diversiones de su boda, marchó con su esposo á Roma y nadie desde entonces supo noticia alguna de ella.

Julio, que despues de haber llorado un año entero la muerte de su esposa y el matrimonio y desaparicion de Matilde, se entregara con su natural ardor al placer de los viajes y del juego, acababa de llegar de París con los escasos restos de su inmensa y malrotada fortuna.

Son las ocho de la noche; en una habitacion lujosamente amueblada, Julio sentado en una butaca, conserva con

Pedro su ayuda de cámara, persona que le habia servido con fidelidad y acompañándole en sus viajes.

—Si, Pedro, le dice Julio con aire de tristeza; esta casa ya no es mia.

—De veras!..

—De veras; acabo de recibir veinticinco mil duros; precio en que la he vendido.

—Cuanto lo siento, señor!..

—Mas lo siento yo; pero ¿qué habia de hacer! los criados como tu sabes, reclamaban las mesadas que hasta hoy me ha sido imposible pagarles; solo á tí debo consideraciones...

—Porque quiero á V. mucho..

—Y porque eres bueno. Que exigieran su salario nada tiene de particular, pero que despues de recibirle me abandonen porque soy pobre... ¡eso es cruel!

—Si señor, pues aunque es verdad que ellos se sostienen de su trabajo, la comida no les faltaba.. y bien podian es. ponerse á perder algun dinero por un hombre que tanto les ha regalado.

—Nunca hasta ahora, Pedro, que soy pobre, he conocido bien el munpo.

—Pobre no os V.; aun tiene el valor de la casa...

—¡Y no tengo mas! exclama Julio contrayendo sus facciones; ¡no me queda ni una buhardilla donde vivir!

—Pero medio millon tiene mucho que gastar.

—¡Mucho! ¿qué es medio millon para Julio? una peseta para tí. Sin coche... sin caballos... sin poder alternar con la grandeza... todos mis amigos se reirian de mí. Esta noche, Pedro, el juego me devuelve mi fortuna, ó me arrebatara un dinero que para nada me sirve.

—Esponerlo al juego, señor, me parece una imprudencia.

—¡Ah! ¡si hubieras poseido millones como yo, no dirias eso!

La niña de Julio que ya tenia once años, entra á despedirse de su padre como de costumbre, para recogerse en la cama.

—Papá, le dice con rostro alegre: ¿quieres venir á contarme un cuento?

—No, hija mia, tengo que hacer.

—Pues hasta mañana, respode la niña besándole la mejilla derecha.

—Adios la contesta su padre; y mirándola con atencion mientras se retira exclama: ¡cada vez la encuentro mas pa- recida á su madre!

Luego abre un cajon de una consola que hay detrás de la butaca donde está sentado y dice á Pedro:

—Acércate, voy á pagarte el dinero que te debo.

—Ya me pagará V.. señor...

—No, si esta noche lo pierdo, no podrás cobrar tu deuda.

Nada importa.

—A ti que eres agradecido, pero yo no quiero jugarme el dinero de mis criados.

—¿Por qué no? si V. gana yo gano..

—Vamos, Pedro, son cinco mesadas que te debo; ¿verdad?

—Si señor.

—Cuatro por cinco, vinte; resulta veinte duros; toma dos mil reales.

—Pero, señor...

—Recíbelos, quiero regalártelos por el cariño con que me has servido.

—Gracias... responde Pedro, con sumo agradecimiento.

Vístese Julio en seguida, y marcha á la casa de juego situada en la calle de Alcalá. Al principio comienza á favorecerle la suerte, despues le abandona, y á las siete de la mañana tiene que retirarse dejando su medio millon en poder de algunos tahures mas afortunados.

Pedro, que desde muy temprano estaba aguardándole asomado al balcon, asi que le ve llegar, sale impaciente á la puerta, y le pregunta con temor.

—¿Ha perdido V.?

—Déjame... responde Julio dirigiéndose á su despacho.

Pedro siente una impresion desgarradora, no duda que su amo ha sido víctima del juego.

El infeliz Julio pálido tembloroso,

abre el cajón de su mesa, y saca dos pistolas, que carga con la mayor brevedad

—¡Solo en el sepulcro podré hallar ya descanso! exclama dirigiendo el cañón de una á su agitado pecho.

Apártala de repente acometido de una idea, y la coloca sobre la mesa. Toma la pluma, y escribe la siguiente carta al sacerdote D. José Carrillo.

Amigo mío; soy el hombre mas desgraciado del mundo, acabo de perder el último dinero que me quedaba, y mirando ya la vida con horror, no puedo menos de suicidarme. Encargo á V. que recoja mi Adelita y la lleve á casa de su tío Victor para que haga las veces de padre ¡Cuánto siento separarme de ella! no puedo dejarle ni una peseta de dote; hasta los muebles de casa no son míos.

¡Adios, mi buen amigo D. José! no olvide V. nunca lo mucho que le quería

JULIO ANTÚNES.

El sacerdote ignoraba que Julio estuviese en Madrid, este avergonzado de su

situacion ha tenido repugnancia de presentarse á él.

Cierra la carta y tira de la campanilla.

—¿Qué manda V? pregunta Pedro entrando.

—Que lleves esta carta inmediatamente á D. José Carrillo.

—¿Dónde vive?

—En esta misma calla número 16, cuarto segundo.

Pedro vá á cumplir su encargo y Julio le dice:

—Espera un momento.

—Para lo que V. mande...

—Toma, continúo Julio sacando su reló; te lo regalo admitelo como recuerdo mio.

—Es decir, responde con alegría Pedro; que esta noche ha ganado V...

—No, esta noche me he quedado tan pobre como el mas infimo pordiosero.

—¡De veras! exclama padeciendo horriblemente Pedro; pues entonces venderé

el reló, y con su producto y mis mesadas comeremos algunos dias.

—Gracias... mi buen Pedro, responde Julio enternecido.

—Gejémonos de gracias; ¿no ha dicho V. que no tiene?

—Si, nada tengo, pero nada necesito.

—¿Cómo es eso?

—Ya te lo explicaré... ahora lleva la carta.

—¡Ah! exclama Pedro creyendo que adivinaba; como tiene V. parientes ricos.

—Si, marcha... pero antes permíteme darte un abrazo...

Pedro recibe el abrazo de su amo con asombro, luego marcha á cumplir su encargo.

Apenas sale, vuelve á tomar Julio la pistola, pero colocando otra vez sobre la mesa, exclama:

—Y no he de besar á mi Adelita! la pobre...! queda tan niña sin padra...! voy... voy... pero me falta espíritu...!

Déjase caer sobre una butaca, y per-

manece algunos momentos entregado á sus reflexiones.

Adela que acaba de levantarse, entra como de costumbre á saludar á su padre.

—Hija mia! exclamá este viéndola.

—¿Has descansado, papá le pregunta ella con la alegría de la inocencia.

—Si, y tú?

Tambien; hoy, papá, es domingo; ¿me llevarás al teatro?

—¡Querida! exclama Julio con voz sepulcral; no tengo dinero.

—Me engañas, papá; llévame sino al café que cuesta menos...

—No tengo dinero! vuelve á exclamar Julio

—Pues dame dos cuartos.

—¡Tampoco tengo!

Gruesas lágrimas caen por la megillas de Julio.

—¡Lloras! exclama la niña afligida.

—No.

¡Mentira! ya rezaré á mi mamá para que nos dé dinero.

Las lágrimas de Julio se aumentan.

—¡No llores, papá! vuelve a exclamar la niña llorando también.

—¡Hija de mi corazón! grita Julio profundamente conmovido, y estrechándola en sus brazos; luego continúa mas tranquilo; vé Adela á rezar á tu mamá para que nos dé dinero.

La inocente niña se retira, y Julio queda un momento luchando consigo mismo.

Levántase de repente, y tomando la pistola, exclama:

—Llegó la hora! perdon Dios mio!..

Aplica á sus sienes el arma fatidica, quiere dispararla con prontitud, pero se detiene porque abren la puerta, y juzga que sea su tierna Adelita.

—¡Es D. José! grita frenético; viendo entrar al venerable sacerdote, inmutado; y dirigiendo otra vez á sus sienes el arma, dispárala con rapidez.

Parece que Dios vela por la existencia del infortunado Julio; la pistola falla.

El sacerdote, que á este cuadr de

horror lanzara un grito penetrante, viendo que Julio vuelve á preparar el arma, arrójase sobre él y le despoja de ella, gritando:

—¡Imbecill

El desdichado suicida, déjase caer en el sofá, y mostrando en su rostro la vergüenza, clava la vista en el suelo.

Después de apoderarse el sacerdote de la otra pistola que habia sobre la mesa, exclama cruzando las manos.

—¡Dios mio! ¡este el mas infimo de tus siervos te da las gracias, por haberle concedido el alto don de salvar la vida y el alma de un desdichado!

Julio profundamente conmovido por las palabras del venerable ministro del altar, se levanta con precipitacion y le abraza.

—Siéntese V. hijo mio, le dice el sacerdote.

Ambos se sientan.

—Creo que estará V. arrepentido del negro pecado que iba á cometer... continúa el sacerdote.

—Sí estoy arrepentido; pero la des-

gracia, la vergüenza, me son insoportables, y no puedo responder... de mi vida!

—¡Julio! no pierda V. su alma por falta de valor para sobrellevar las desgracias un momento! porque... ¿no es momento la vida?

—Sí, pero un momento de vergüenza para mi, es peor que cien siglos de infierno; para soportar la desgracia, D. José, acaso tenga fortaleza...

—La vergüenza de V., Julio, es infundada.

—¡Ah! ¡no señor!

—Sí, el que V. haya llevado una vida relajada, pudo entonces sonrojarse, pero ahora no; con el arrepentimiento, amigo mio, desaparecen los pecados.

—Mi conciencia D. José, puede quedar tranquila; pero ¿no he de sonrojarme cuando me vean sin coche... sin caballo... tal vez con el vestido roto... los que fueron testigos de mi grandeza?

—No señor; diran que es V. pobre, pero la pobreza á nadie deshonra.

—¡Ah! si dijeran solo «¡Es pobre!» ¡acaso tuviera valor para oírlo! ¡Ya me parece, amigo mío, que estoy viendo los que serviles me adulaban cuando mis riquezas podían favorecerles, mirarme como el mendigo que se acerca a pedirles limosna.

—Convengo, Julio; mas no diga V. que su vergüenza no es infundada; el pecador arrepentido puede levantar la cabeza entre los buenos: si V. no tiene valor para sufrir el abandono de sus amigos, para oír los desprecios de los que ya nada esperan de V., es porque no tiene valor para ser pobre... porque le es imposible sobrellevar la desgracia... no la vergüenza

—Acaso, diga V. la verdad, D. José; corazones tan sensibles como el mío, no pueden soportar esta situación desgarradora.

—Corazones tan orgullosos y tan duros, debía V. decir Julio; V. quiere suicidarse, porque no es rico; esto ¿no es ser orgulloso? V. al suicidarse no considera

que tiene una niña; esto ¿no es ser duro?

—¡Ah! ¡mi pobre Adelita! ¡es verdad pero como la recomendaba á su tío Victor...

—¿Y si Victor no hubiera existido?

—A V.

—¿Y si yo no hubiera existido?

—Entonces..

—La dejaba V. abandonada en el mundo, responde el sacerdote, sin dar tiempo á que Julio concluya.

—¡Es verdad! exclama este con espirante voz.

—Usted en la fortaleza debe ser hombre, en el corazon, padre.

—¡Es verdad! vuelve á exclamar Julio

—Usted debe sufrir con valor, no solo el estado lamentable en que se halla sino las persecuciones, los tormentos mas crueles, por no dejar huérfana una niña que será feliz con el apoyo de su padre que su padre encontrará un dia en ella el consuelo de su ancianidad.

—¡Es verdad! exclama por tercera vez Julio.

—Aun puede V. ser dichoso, mi querido amigo, continúa el sacerdote; tiene V. talento... y aplicándose podrá sostenerse con decencia.

—Si, pero ¡cuán duro será el trabajo, para un hombre que ha pasado sus treinta y nueve años entre magnificencia y placeres!

—No importa, V. se acostumbrará...

—¡Y á qué me dedico D. José? y mientras encuentro medio de vivir ¿de qué me sostengo? no me ha quedado ni una peseta... hasta los muebles de casa son de otro...

—Usted insulta la Providencia, tiene su cuñado Victor...

—De ningun modo acudiré á él, responde con precipitacion Julio; ¡que vergüenza! ¿y cree V. que seria bien recibido?

—Si señor.

—Desde que murió Adela, D. José me aborrece; y aunque no trato de ocul-

tarle mis vicios ni aun mi niña quiero entregarle; solo habiéndome suicidado...

Tiene V. mi casa...

—Gracias, amigo mio.

—Tiene V. mi dinero para dar principio á cualquier negocio...

—Mis negocios, D. José, deben ser lejos de Madrid... donde nadie me conozca, y necesito las cantidades que V. no poseerá.

—Usted pida, será satisfecho, responde con aire de seguridad el sacerdote.

—La niña quedará en Madrid... y creo que V. tambien... responde alegre el sacerdote por una idea que le ocurre.

—¿Cómo? pregunta sorprendido Julio.

—Una señora se encargará de Adela.

—¿Quién vuelve á preguntar con mas sorpresa Julio.

—La marquesa de la Fiore.

— Ignoro quien sea...

—Es una señora viuda, poseedora de inmensas riquezas, y que las emplea en favorecer al prójimo..

—¿Qué alma tan grande! pero yo ne-

cesito no solo que socorran á mi niña, sinó que la miren como á hija propia.

—Descuide V. la querrá tanto como su madre la difunta Adela.

—¡No es fácil!.. tendrá otras...

—No señor, en casa no tiene niña ninguna.

—¿Y cree V.?..

Si, yo soy la persona á quien dió el encargo de enterarse de las necesidades del prógimo para ponerlo en su conocimiento. Los curas de todas las aldeas y parroquias de villas y ciudades, tienen órden de dirigirse á mí, cuando sus feligreses soliciten socorro. Ya ve V.... si puedo asegurarle...

—Si...

—Ademas, me ligan á ese ángel tutelar, relaciones de una amistad antigua; yo fui su maestro... yo fui su confesor.

—¡Usted!...

—Si reñor, y puedo asegurarle que no oirá V. su acento sin comoverse..

—¿De veras?..

—Y que si ella le concede á V. el favor de vivir á su lado, jamás de su lado se apartará V.

—Pero ¿quien es esa mujer misteriosa? pregunta lleno de curiosidad Julio.

—He dicho á V. que la marquesa de la Fiore.

—Quiero saber su nombre...

—Se me impuso la obligacion de llamarlo.

—¿Y dónde vive? pregunta animado con esta conversacion Julio.

—Vive en una aldea de Castilla.

—¿Es española?

—Si.

—Como el título es italiano... pero dice V. que en una aldea... ¿cómo?

—Suele variar de residencia; ya vive en su quinta de Sevilla, ya en la de Valencia, ya en la Granada... ya en algunas de sus posesiones de aldea...

—Escribala V inmediatamente...

—Mañana mismo.

—Dejaré con ella mi niña y yo marcharé á Méjico.

—¡A Méjico!.. V. se quedará en España...

—¿Usted lo desea?

—Con todo mi corazon.

Julio profundamente conmovido estrecha en sus brazos al sacerdote.

Pasados algunos dias entregó este á Julio, la contestacion de la marquesa de Fiore á su carta. Decia así:

•Amigo mio; envieme V. inmediatamente esa niña á quien miraré como si fuera hija mia; yo la educaré segun mis ideas, y cuando tome estado llevará de las riquezas que Dios se dignó concederme un dote acomodado á su distinguido nacimiento. Las desgracias del padre han hecho gran impresion en mi alma: doy á V. la enhorabuena por haberle salvado del fin desastroso á que Satanás le conducia, y yo me felicito por serle útil en algo.

Sin mas por ahora, siempre suya su amiga y discipula.

MARQUESA DE LA FIORE.

Julio durante la lectura ha sido agitado por vehementes emociones.

—¿Esrá V. dispuesto para partir? le pregunta D. José.

—Sí, mañana, V. me dirá cuál es la aldea...

—Quisiera escribir á un sacerdote amigo para que acompañase á V....

—Me alegraré mucho.

—Usted dirijase á Soria, pregunte por D. Toribio Moscoso, entréguele mi carta, y él le acompañará y servirá en cuanto le sea posible.

—Bien.

XII.

Son las cinco de una mañana templada de Setiembre.

Dos hombres á caballo en dos mulas, el primero con una hermosa niña de once años, el segundo solo, y á presumir por el traje, sacerdote, atraviesan ya anchos campos de estepas, ya densos bosques de encinas, al Mediodía de la sierra del Madero: son Julio y el amigo de D. José Carrillo.

—¿Qué le parece á V. este país? pregunta el sacerdote.

—Me gusta mucho, tiene poesía.

—¡Ah! ¡muchal... ¡ya verá V. qué buenas gallinas! ¡qué buenos machos de cabrio!

—Las costumbres de los habitantes me encantan, dice Julio sin fijar la atención en las palabras de D. Toribio.

—¿Pues quién os ha dicho que tienen buenas costumbres?

—No es la primera vez que estoy en este país.

—Entonces...

—Si, he venido algunos veranos á cazar.

—Arre mulita!... grita el sacerdote espoleándola con los talones de sus gigantescos zapatos; arre... que ya tocan á misa de alba.

Los dos viajeros oyen las campanas de las aldeas situadas á corta distancia en este país, que anuncian á los devotos aldeanos la ceremonia de la misa.

Estos sonidos en una comarca silen-

ciosa, bajo un cielo puro, entre los arrullos de las palomas silvestres, los dulces cantos de las alondras, los inocentes balidos de las ovejas, parecen á Julio los consoladores acentos de María que bendice á sus hijos predilectos, parecen á Julio el bálsamo que le sana de sus fatales inclinaciones al bullicio y los placeres del mundo.

—¡Amigo mío! exclama este mirando al sacerdote con las impresiones de su corazón dibujadas en el semblante; ¡qué cuadro tan apacible ofrecen estas comarcas!

—¡Ya lo creo! da gusto comer á la sombra de las encinas.

—El hombre nació para esta vida... continúa Julio.

—¡Cuánto mas vale que las inmundas diversiones de un teatro, exclama el sacerdote; el paseo por estos campos!... él abre el apetito.... á punto de eso, traigo para V. en la alforja, pues yo tengo que celebrar misa, una friolera.... voy á sacarla.

—No, no, gracias, tengo poca gana de comer.

—No importa, es un caponcito solo.

—Ya comeré en llegando a la aldea.

—Bien.

—No lejos de aquí, dice Julio, me han rieron unos asesinos.

—De veras?

—Sí, y una niña ató á mi herida el pañuelo de sus hombros, y me dió hospitalidad en su casa... ¡qué recuerdos tienen estos sitios para mí!

—¡Ya se vé Omeñaca...! grita el sacerdote lleno de contento porque deseaba descansar.

—¡Omeñaca! exclama Julio lanzando una triste mirada al torreón, á la iglesia, al cementerio donde estaba enterrado el Sr. Juan; ¡Omeñaca! ¡qué triste me parece mi Matilde!

—Esta es la aldea... dice el sacerdote, sin haberse fijado en las patéticas exclamaciones de su compañero.

—¡Esta! exclama sorprendido Julio.

—Sí señor, aquí está la Marquesa á quien V. viene á visitar...

—Pero ¡V. sueña! aquí no hay palacio... aquí no hay quinta, aquí no hay una casa acomodada...

—Yo diré á V. en qué consiste, como esa señora nació aquí...

—¡Aquí nació!...

Y pasó su vida hasta los quince años...

—¡De veras! exclama Julio pareciéndole casi imposible lo que el sacerdote le cuenta; prosiga V...

—Nada más puedo decir, solo sé que hoy es Marquesa de la Fiore, que tiene el gusto de habitar su casa tal como estaba cuando con sus padres vivía en ella, y que no hay desgraciado que implore su misericordia y no sea completamente socorrido. Los que vivimos cerca siempre averiguamos algo...

—Ella es!... ¡no hay duda! exclama agitado por vehementes emociones Julio.

—¿Quién dice V? pregunta el sacerdote.

—La hija del Sr. Juan.

—No sé cómo se llamaba su padre...

—Con estas conversaciones entran en las calles de Omeñaca; las seis dan en el reló de la iglesia.

—¿A dónde vamos ahora? pregunta Julio.

—A casa de mi amigo D. Celedonio el cura.

—¿Sigue aun aquí D. Celedonio?...

—Sí señor; ¿le conoce V?

—Le vi hace tiempo.

Llegan á casa del cura, y le encuentran sentado en un escaño al hogar de la lumbre, tomando una colosal gicara de chocolate.

—Usted por acá, mi amigo D. Toribio! le dice alargándole la mano y sin levantarse.

—He venido á acompañar este caballero.

—¿Y qué ocurre? pregunta D. Celedonio dirigiéndose á Julio.

—Nada, una visita á la Marquesa de la Fiore, responde este.

—¡Y qué grueso está V! responde D. Celedonio á D. Toribio.

—Ambos estamos buenos, contesta el primero.

—¿Usted no me conoce, verdad? pregunta Julio á D. Celedonio.

—No señor.

—¿Recuerda V. un jóven que hirieron en la dehesa el año veinte?

—Si, un pastor.

—¡Hombre! no.

—¡Ah! ya recuerdo; un contrabandista... dice el cura despues de haber estado un momento en aptitud de meditar.

—¡Hombre!... no, vuelve á contestar Julio; uno que trageron Matilde y María á casa del señor Juan...

—Si, conservo algunas especies... pero, señores, vamos á tomar algo...

—Tengo que celebrar, responde don Toribio.

—Pues vaya V. pronto.

—¿Donde vive la marquesa de la Fiore? pregunta Julio.

—En casa del Sr. Juan, responde don Celedonio.

—¡Matilde! exclama Julio clavando la vista en el suelo, y sin que hayan los venerables sacerdotes fijado en él su atención.

—Vaya V. pronto á celebrar, vuelve á decir D. Celedonio á D. Toribio, tendrá V. gana de tomar algo: y V. ¿qué toma? pregunta á Julio.

—Hasta comer, nada..

—¡Hombre! esclama lleno de admiración D. Celedonio; siquiera por via de introibo medio conegito...

—Gracias.

D. Toribio marcha á la iglesia y Julio con su niña á casa de la marquesa, sin embargo, de repetirle D. Celedonio que era temprano aun.

Al entrar por la puerta del Sr. Juan, el corazon de Julio late con vehemencia; en esta casa conoció á Matilde, y en esta casa vuelve á ver una señora que no puede ser otra que Matilde.

Llama, y sale á recibirle una mujer de treinta y un años; es María la hermana de leche de Matilde.

—¿Puede verse á la marquesa? la pregunta Julio sin conocerla.

—Todavía es temprano, acaba de vestirse.

—Dígale V. que soy el recomendado de D. José Carrillo.

María vuelve luego y dice:

—Pase V. adelante...

Julio, temblando de placer y vergüenza, preséntase en la misma habitación, que el Sr. Juan le destinara cuando llegó herido.

Encuentra sentada en una silla á Matilde, que á pesar de sus treinta años, conserva las gracias de sus diez y nueve.

—Tome V. asiento, le dice esta después de haberse ambos saludado, y sin conocerle.

Siéntase junto á ella; apenas puede disimular los latidos de su corazón.

—Ven, hija mía, continúa la marquesa dirigiéndose á la niña; voy á ser tu mamá ¿quieres?

—Sí, responde con vergüenza Adelita.

La marquesa imprime un beso en la

frente de la niña y dice en seguida á Julio:

—Debe extrañar á V. que viene de le corte, una casa tan reducida...

—No señora, mas aprecio yo esta casa que los alcáceres de los reyes...

—Es V. de mi modo de pensar...

—Seria un ingrato, señora; si no mirase con gusto la casa del Sr. Juan!

—¿Usted conoció al Sr. Juan?... pregunta sorprendida la Marquesa.

—Si señora, sus hospitalarias puertas se abrieron un dia para mí... hoy se abren las de su hija para mi hija.

—¿Usted estuvo aquí?...

—Sí.

Entonces, me veria...

—Sí.

—No recuerdo...

—¡Ah señora! soy otro del que era! los vicios han llenado de arrugas mi rostro! ¡han cubierto de canas mis cabellos! y luego... ¡once años que han trascurrido! ¡Matilde!...

—¡Esta voz...! exclama ella temblando de sorpresa.

—Sí, es la voz del hombre que mas amaba á Matilde!

—¡Es V!...

—¡Yo soy Julio!

Matilde sollozando arrójase en los brazos de su antiguo amante.

Despues que se tranquilizan, exclama Julio:

—¡Matilde! ¡en qué dias tan aciagos vuelvo á ver á usted! ¡cuándo no puedo ser su esposo!...

—¿Por qué? pregunta con desgarrador sobresalto Matilde; V. es viudo... yo soy viuda...

—¡Usted es rica! ¡V. es Marquesa! y yo un miserable! víctima de los vicios!

—No importa, será V. un buen hombre á mi lado, nos casaremos; quiero que se cumplan aquellos deseos que mostraba V. en la casa de campo cuando decia.

• ¡Qué dichoso yo paseando con un ángel por aquellos rústicos lugares! ¡qué dichoso yo orando con ese ángel en la pequeña iglesia! ¡qué dichoso yo favoreciendo con ese ángel á los aldeanos indigentes! Estas palabras, mi querido Julio

quedaron, profundamente grabadas en mi corazón. Además, yo amaba á la infeliz Adela, y quiero ser madre de su hija.

—Matilde! exclama Julio balbuceando; ella al morir me encargó casarme con V.

A los pocos dias, un matrimonio se celebraba en la aldea; era el de Matilde y Julio.

Las borrascas que en otros tiempos padecieran, fueron compensadas con una felicidad sin límites: en el viaje de la vida se encuentran ya ricos intransitables, ya deleitosas riberas.

Julio paseó con el ángel por los rústicos lugares, oró con el ángel en la pequeña iglesia, favoreció con el ángel no solo á los aldeanos indigentes, sino á todo desgraciado de cualquier clase, de cualquier patria, de cualquiera religion.

Vivió tranquilo y murió tranquilo; poco tiempo despues, el alma de su esposa fué á buscarle al pasaiso: la muerte de la virtuosa Matilde fué como la muerte de las flores; era una flor de la caridad.

Los aldeanos cuentan con fé que dos angeles bajaron á cerrar sus ojos.

FIN.





